

## RECAPITULANDO LOS 50 AÑOS DEL CELAM, EN CAMINO HACIA LA V CONFERENCIA

Dr. Guzmán Carriquiry L.  
Lima, 17 de mayo 2005

### OBJETIVOS Y ARTICULACIÓN

Me siento muy honrado y feliz por la invitación recibida por la Presidencia del CELAM para participar en esta celebración como conferencista. Soy consciente de la responsabilidad desproporcionada que asumo, pero cuento con la paterna indulgencia y la cordialidad fraterna de los participantes a esta Asamblea. Es oportuno recordarles la invitación del apóstol Pablo, en su extraordinaria definición del discernimiento crítico: “Examinadlo todo y quedaos con lo bueno” (1 Ts, 5, 21).

La Presidencia ha querido confiar a un laico el tema del título: “Recapitulando los 50 años del CELAM, en camino hacia la V Conferencia”. La tarea de recapitular no es la de abocarse a una exposición académica de investigación histórica, que algún día habrá que afrontar con método científico. Se trata más bien de una mirada panorámica sintética del servicio del CELAM durante sus primeros cincuenta años. Interesa una recapitulación que sirva para iluminar nuestro presente y, por eso, “en camino hacia la V Conferencia”<sup>1</sup>. De un tema tan amplio y exigente, mi breve introducción no puede más que ser esquemática.

En primer lugar, intentaré realizar esta recapitulación desde tres focos de luz y de lectura:

- el servicio de comunión y reflexión del CELAM a los episcopados y, por lo tanto, de animación pastoral de la Iglesia de Dios en América Latina, que es su razón de ser, con especial hincapié en las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, en cuya preparación, organización y realización el CELAM ha jugado un papel fundamental;
- el contexto de los dinamismos históricos de los pueblos latinoamericanos, en los que la Iglesia está encarnada, y que son también realidad de inculturación y horizonte de la acción del CELAM;
- el cuadro general de la catolicidad, con referencia capital a la Santa Sede, especialmente en este tiempo de inauguración del pontificado de Benedicto XVI, y también a los Sínodos mundiales y otros grandes eventos, sobre el trasfondo de

la misión de la Iglesia católica en esta nueva fase de globalización y mundialización.

En efecto, la historia del CELAM no es mera historia episcopal, sino que, en cierto modo, se trasciende a sí misma y apunta al conjunto eclesial y latinoamericano.

En segundo lugar, a la luz de lo señalado, trataré de esbozar un balance sintético sobre la acción del CELAM en estos cincuenta años.

Finalmente, en tercer lugar, me permitiré intentar dibujar algunas perspectivas para la preparación de la V Conferencia, precisamente en este tiempo histórico de la Iglesia, de la sociedad internacional y de América Latina.

### **TRES FASES CRUCIALES**

Hay un esquema general que me parece muy ilustrativo y adecuado para comenzar. Los tres últimos Concilios Ecuménicos, precisamente en tiempos de los tres grandes flujos de la mundialización, suscitaron formas intensas y concentradas de movilización y colaboración episcopales en nuestras tierras, en respuesta a fases y desafíos cruciales de la historia de nuestros pueblos.

Si la “reforma católica” en España estuvo en la base de la impresionante gesta misionera de la primera evangelización del Nuevo Mundo, el Concilio de Trento (1548-1563) resultó fundamental para la implantación y organización de la “nueva cristiandad de Indias”. A Trento, los Obispos de Indias no pudieron llegar, pero a partir de Trento se llevaron a cabo numerosos Concilios provinciales y Sínodos locales en todas las latitudes del “Nuevo Mundo”, que afrontan la evangelización fundante, la simbiosis siempre crítica entre conquista y misión, la defensa de la dignidad y libertad de los indios, las tareas de catequización y la organización eclesiástica. El gigantesco encuentro y choque de pueblos, etnias, culturas y niveles de desarrollo muy distintos, lleno de novedad y dramaticidad, enlazó antiguas y nuevas formas de opresión y explotación. Toda conquista lleva consigo una dinámica de violencia. Pero parafraseando lo del apóstol Pablo se puede también afirmar que “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. El acontecimiento de Cristo, por mediación de la maternidad de la Virgen María, sobre todo desde las apariciones del Tepeyac, fue siembra potente de unidad, de mestizaje étnico y cultural, re-generador de pueblos nuevos, ciertamente lacerados por hondas heridas y sufrimientos, pero con una conciencia de dignidad y libertad de toda persona, de sabiduría ante la vida, de pasión por la justicia y de esperanza contra toda esperanza, sólo posible por la semilla del Evangelio plantada en tierra americana como germen de nueva creación. El arraigo del catolicismo en nuestro sub-continente es signo y legado de aquella profunda inculturación del Evangelio en el corazón de los pueblos, desde sus orígenes.

Sin embargo, sabemos también que desde los tiempos de la Ilustración, del mayor control de las Iglesias por parte de los Estados nacionales y de la supresión de la Compañía de Jesús, aquel ímpetu misionero fue menguando y la actividad episcopal conjunta fue clausurada por el regalismo estatal. Más tarde, el desmantelamiento de la organización eclesiástica y el muy exiguo número de Pastores que quedó después de las guerras de independencia, provocó una ruptura de la continuidad de la acción educativa, del cuidado pastoral y de la reinformación catequética. Sobre todo la tradición oral por vía materna y las formas de la piedad popular barroca lograron el “milagro” de la supervivencia del legado de la fe en los pueblos, a menudo despreciada y hostigada, si no perseguida, por las dirigencias liberales y secularizantes de los nuevos Estados. La reconstrucción eclesiástica en América Latina sólo podía provenir de Roma, que en el Concilio Vaticano I reafirma la jurisdicción universal del Papado y proclama el dogma de la infalibilidad, en tiempos de centralización romana, garantía de unidad y libertad respecto a la diáspora sometida de las Iglesias “nacionales”, y de resistencia compacta contra el modernidad racionalista y anticlerical. Es bueno recordar que fue un católico liberal colombiano, Torres Caicedo, quien usó por primera vez el nombre de “América Latina”, y que la primera institución que usó dicho nombre fue el Colegio Pío Latinoamericano en Roma<sup>2</sup>. Fueron ya 54 los Obispos latinoamericanos entre los 700 Obispos participantes al Concilio Vaticano I. El proceso de dicha reconstrucción tuvo como evento mayor el Concilio Plenario del Episcopado Latinoamericano, convocado en Roma por la Santa Sede en 1899. Es sorprendente tener en cuenta cómo la Santa Sede ya entonces consideraba al episcopado de estas tierras en su conjunto, precisamente convocando un Concilio latinoamericano, no obstante la fragmentación ocurrida cuando se rompe el vínculo con el poder metropolitano español y portugués y se constituyen 20 Estados separados, incomunicados, incorporados en forma subalterna, dependiente y periférica, como segmentos agro-minerales, al mercado mundial configurado por la segunda onda de globalización, hacia finales del siglo XIX, la del capitalismo industrial en plena expansión mundial. La referencia de la Santa Sede a América Latina parece converger con la auto-conciencia de la generación intelectual “modernista”, que, por efectos de las celebraciones del cuarto centenario del descubrimiento y ante la irrupción en la escena centroamericana y del Caribe de la potencia emergente de los Estados Unidos, retoma el ideal bolivariano y proclama “Nuestra América” con el cubano José Martí, la “Patria Grande” con el argentino Manuel Ugarte, la “Nación Latinoamericana” según el uruguayo José E. Rodó, y el cantar poético del nicaragüense Rubén Darío sobre los “pueblos que son sangre de Hispania fecunda...que aún creen en Jesucristo y hablan en español”

La tercera fase de intensa comunión y colaboración episcopales en el ámbito latinoamericano procede de la renovación crítica y fecunda que prepara y sobre todo suscita el Concilio Ecuménico Vaticano II (1959-1965), en tiempos de confrontación y después de descomposición del orden mundial bi-polar de la pos-guerra y de progresivo despegue de la tercera fase de la globalización, cuando la misión de la Iglesia tiene que afrontar profundas transformaciones de la realidad latinoamericana, exigencias de desarrollo, liberación y crecimiento en humanidad, en medio de grandes conflictos y esperanzas.

## **UNA INVESTIGACION POR REALIZAR**

En verdad, el CELAM nace antes del Concilio Vaticano II. Todavía no se ha contado prolijamente todo su proceso de génesis. Habrá que reconstruirlo paso a paso, primero a través de las actas del trabajo de la Comisión compuesta por los Secretarios de las Sagradas Congregaciones romanas interesadas más directamente en los problemas de América Latina, que se reunió en 1954 para preparar la Primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Interesa mucho estudiar también el intercambio de correspondencia entre personalidades como Mons. Antonio Samoré (que fue Nuncio en Colombia, más tarde Presidente de la Comisión Pontificia para América Latina desde su creación en 1958, después creado Cardenal), Mons. Manuel Larraín (Obispo de Talca, Chile), Don Helder Cámara (Obispo de Recife, Secretario General de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil), Vittorino Veronese (Presidente del COPECIAL, Comité para la Preparación de los Congresos Internacionales de Apostolado Seglar) y otros, que son como los “adelantados” de la idea de coordinación de las fuerzas vivas de la Iglesia a nivel latinoamericano. Mons. Antonio Samoré fue como el padre de la iniciativa<sup>3</sup>. Habrá que esperar asimismo la apertura de los archivos de la Secretaría de Estado. Y a la luz de estas fuentes y otras, volver a estudiar las actas de la Conferencia de Río. Es un apasionante trabajo científico, de naturaleza historiográfica, que habrá que completar en tiempo oportuno.

## **EL DESPLIEGUE MUNDIAL DE LA CATOLICIDAD**

En realidad, no puede entenderse dicha novedosa creación sin tener en cuenta el salto cualitativo dado durante el pontificado de Pío XII en el despliegue internacional de la catolicidad. Mons. Pacelli había sido legado pontificio al impresionante Congreso Eucarístico Internacional que tuvo lugar en Buenos Aires, en 1934. En 1945, al día siguiente de creación de 32 nuevos cardinales, incluidos cinco latinoamericanos, el célebre “Mensaje de Navidad” de Pío XII -precisamente en el año de conclusión de la segunda guerra mundial y de apertura de la nueva fase histórica del bipolarismo mundial- afirmaba lo siguiente: “La Iglesia es un todo indivisible y universal. Supranacional porque abraza con un mismo amor a todas las naciones y a todos los pueblos (...), en ninguna parte es extranjera. Vive y se desarrolla en todos los países del mundo y todos los países del mundo contribuyen a su vida y desarrollo. En otros tiempos, la vida de la Iglesia en su aspecto visible desplegaba su vigor preferentemente en los países de la vieja Europa, desde donde se extendía, como río majestuoso, a lo que podría llamarse la periferia del mundo; hoy día, se presenta, al contrario, como un intercambio de vida y energía entre todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo sobre la Tierra”<sup>4</sup>. Es el mismo Papa que no ahorró esfuerzos para la reconstrucción de Europa occidental, en lo que era la base tradicional más importante del catolicismo, alentando su unidad y custodiando su libertad bajo la amenaza del comunismo ateo, que ya había desatado sus persecuciones detrás de la cortina de hierro. Pero Europa ya no era más el centro mundial, desplazada por el bipolarismo USA-URSS. En 1955, Pío XII escribió en su

mensaje a un nuevo Congreso Eucarístico Internacional, que tuvo lugar en Río de Janeiro: “Es justo que nuestras miradas se vuelvan con especial insistencia a la multitud de fieles que viven en ese continente. Pues, unidos y hermanados entre sí, no obstante la diversidad de cada nación, por la proximidad geográfica, por la comunidad de cultura, y sobre todo por el supremo don recibido por la verdad evangélica, constituyen más de la cuarta parte del orbe católico”. Y hacía votos para que a la brevedad se realizase lo que la “Divina Providencia parece haber confiado a ese inmenso continente (...) comunicar también en el futuro a los demás pueblos los preciosos dones de la paz y la salvación”<sup>5</sup>. No en vano, la Iglesia en América Latina había tenido en las inmediatas décadas anteriores un crecimiento orgánico espectacular. A diferencia de los sufridos tiempos decimonónicos, durante los primeros cincuenta años del siglo XX se habían creado en el sub-continente más de 270 nuevas jurisdicciones eclesiásticas, crecía por doquier una red de escuelas y Universidades católicas, se implantaba en todos los países la Acción Católica y comenzaban a multiplicarse los Congresos Latinoamericanos católicos en diversos ámbitos y materias de interés.

En esa misma Carta pontificia, Pío XII recomendaba a los Obispos de América Latina “no malgastar valiosas energías, sino multiplicarlas con apropiada coordinación”, adoptar “nuevos métodos de apostolado” y abrir “camino nuevos (...)”, acordando “un plan y un método concreto para poner por obra, con solicitud y competencia, todo cuanto exijan las necesidades de los tiempos”<sup>6</sup>. Se entraba de lleno en la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y en los prolegómenos de la creación del CELAM.

## **LA CREACION DEL CELAM**

Inmediatamente después de ese Congreso Eucarístico Internacional de Río, tuvo lugar la Primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Secretario de uno y otra fue Don Helder Cámara. La Conferencia de Río, que tuvo lugar del 25 de julio al 4 de agosto de 1955, fue reunida para “el estudio en forma concreta y con resoluciones prácticas de los puntos más fundamentales y urgentes del problema religioso de América Latina, desde el doble aspecto de la defensa y de la conquista apostólica”. Este objetivo no podía afrontarse adecuadamente, según muchas intervenciones en dicha Conferencia, a causa de la debilidad fundamental de la acción pastoral, manifestada en el aislamiento e incomunicación de las Iglesias locales. La dispersión de obras e iniciativas caracterizaban “una acción de la Iglesia fragmentada”. Se decía que la relación entre los Obispos no pasaba del intercambio de amables tarjetas de Navidad. Especialmente significativa fue la ponencia de Don Manuel Larraín que presentó la paradoja de la unidad y la separación en el continente americano. El problema central, según la Conferencia de Río, era la exigua escasez de clero para un catolicismo de multitudes, lo que traía aparejado deficiencias en la instrucción y en la práctica religiosa, y que destacaba la necesidad de una masiva presencia de sacerdotes y, sobre todo, de religiosos y religiosas provenientes de otras Iglesias, europeas y nord-americanas. Había, pues, que organizar y coordinar las fuerzas vivas del catolicismo a nivel de toda América

Latina<sup>7</sup>. En respuesta a ello, por disposición profética de la Santa Sede, nace el Consejo Episcopal Latinoamericano. Interesante es recordar que, no obstante la insistencia de los Obispos latinoamericanos participantes para que su sede fuera en Roma, Roma decide que se instale en Bogotá.

Como institución eclesial, episcopal, a nivel sub-continental, el CELAM fue una sorprendente novedad. No había sido, por cierto, preparado, meditado e incubado por una reflexión de conjunto de los Obispos de los distintos países latinoamericanos. ¡Lejos de ello! La creación del CELAM precede la de la mayoría de las Conferencias Episcopales en los países latinoamericanos. Es cierto que la Conferencia Episcopal de Colombia comenzó a funcionar desde 1908, pero como institución esporádica, sin estructuras de continuidad. Sólo en Brasil, la Conferencia Nacional de los Obispos (CNBB), creada en 1952, contaba con un secretariado general permanente, con la generación de estructuras de servicio y reflexión que permitían al conjunto episcopal una perspectiva nacional, supradiocesana. No en vano, una de las tareas más importantes emprendidas por el CELAM naciente fue la de promoción de la constitución de las Conferencias Episcopales Nacionales<sup>8</sup>.

Si, por lo general, los Obispos ni siquiera tenían la experiencia de una colaboración institucional y permanente a niveles nacionales, ¿cómo pensar que pudieran tener una conciencia latinoamericana! Bien se ha escrito que “la mayoría del episcopado latinoamericano, entonces limitado a las experiencias diocesanas y moviéndose en el horizonte de cada país por separado, veía al CELAM como algo remoto, artificioso y quizás fantasmal. No sentía directamente la urgencia de su necesidad. Por eso, al principio, sólo un pequeño y decidido grupo de Obispos percibió la importancia de esa dimensión latinoamericana (...)”<sup>9</sup>. El CELAM de los humildes comienzos no se hubiera afianzado y crecido sin el apoyo firme y sostenido de la Santa Sede.

Otra tarea que preocupa al CELAM desde sus comienzos es el conocimiento objetivo del mundo en que se inserta. La primera Asamblea del CELAM estudia la creación de un departamento de investigaciones sociales y sociología religiosa, que no se llega a fundar porque FERES (la Federación Internacional de Institutos Católicos de Investigaciones sociales y socio-religiosas), con sede latinoamericana en Bogotá, entre 1958 y 1961 emprende esa tarea y realiza un estudio sistemático sobre el conjunto de América Latina en relación con las estructuras eclesíásticas y el cambio social y religioso. Desde entonces, no se ha vuelto a realizar un acopio de información de tal magnitud y organicidad.

## **EL SEGUNDO NACIMIENTO**

El segundo nacimiento del CELAM, o el tiempo en que toma cuerpo y adquiere su auto-conciencia de signo y expresión de colegialidad episcopal latinoamericana, adviene durante las sucesivas sesiones del Concilio Ecuménico Vaticano II (entre el 11 de octubre de 1962 y el 8 de diciembre de 1965), acontecimiento mayor del Espíritu e inteligencia fundamental de la misión de la Iglesia en nuestro tiempo.

Se ha dicho que la Iglesia desde América Latina contribuyó con poco de propio en la preparación del Concilio y en la elaboración de los documentos conciliares. La convocatoria del Concilio por parte de Juan XXIII suscitó en América Latina respuestas episcopales no proporcionadas a la sorpresa y magnitud del evento anunciado. La Iglesia de América Latina vivía todavía del legado de la cristiandad rural, arraigada en las pautas tradicionales de la vida social, en la coexistencia entre formas masivas y algo inmóviles de piedad popular barroca y élites eclesiásticas formadas según cánones romanos. Impresionaba su presencia compacta, disciplinada, multitudinaria. Sin embargo, no era oro todo lo que relucía. El jesuita chileno, hoy beato y muy próximamente santo, Alberto Hurtado, se adelantaba a preguntar: “Chile, ¿un país católico?” Algunos pastores e intelectuales latinoamericanos comenzaban a preguntarse sobre la vitalidad real de la fe, de la misión, en un continente que se ufana de “católico”, pero que se transformaba aceleradamente por el proceso de emigración masiva del campo a la ciudad, de intenso crecimiento urbano, de ingreso a diversos ritmos en la sociedad industrial, de impacto de los medios de comunicación social y de creciente despliegue de las luchas sociales políticas e ideológicas.

Fueron sobre todo las Iglesias del eje renano (desde el Benelux, Francia y Alemania hasta el centro-nord italiano) las que en cierto modo ofrecieron una contribución relevante en lo que puede considerarse como preparación “ante-litteram” del evento conciliar, e imprimieron los debates conciliares de las corrientes de estudios bíblicos, patrísticos y litúrgicos, de renovación teológica y eclesiológica, de acercamientos ecuménicos y de variadas experiencias de renovación pastoral que habían ido madurando desde tiempos de la pos-guerra. Es lógico, pues estuvieron en el epicentro de un nuevo diálogo de la Iglesia con la modernidad<sup>10</sup>. Ahora, todo lo que había ido madurando en la Iglesia se compartía en el nuevo clima de la “coexistencia pacífica”, del “boom” industrial europeo, de cierto optimismo resultante del advenimiento de la sociedad del bienestar, de diálogo entre el cristianismo y las corrientes personalistas, existencialistas y del marxismo humanista en boga en los años sesenta.

Estos signos de renovación contaron ciertamente con ecos latinoamericanos, pero limitados a algunas élites eclesiásticas y laicales más atentas e informadas sobre el acontecer pastoral y la producción bíblica, teológica, litúrgica y espiritual de las Iglesias en Europa. En el Vaticano II, de los 2.500 Padres conciliares presentes, el 22% procedía de América Latina. Durante las primeras sesiones, hubo quien describió con cierta malicia irónica la presencia conciliar de los padres del continente americano como expresión de la “Iglesia del silencio”. Algunas voces significativas de personalidades aisladas, como las de los chilenos Raúl Silva Enríquez y Manuel Larraín, de los brasileños Avelar Brandão Vilela, Helder Câmara y Eugenio de Araujo Sales, del mexicano Darío Miranda, del panameño-americano Marcos Mac Grath, del ecuatoriano Pablo Muñoz Vega, del peruano Juan Landázuriz, entre otros, fueron el anticipo de importantes aportaciones que el Episcopado latinoamericano haría en el futuro, pero por cierto, no hacían coro. Pero para todos los Obispos de nuestro sub-

continente que participaron al Concilio, el acontecimiento conciliar y el tiempo fuerte, denso y prolongado de sus sesiones fueron como una escuela de singular “aggiornamento”, una ocasión providencial para estrechar personalmente vínculos de amistad y colegialidad (en el mismo Concilio eran reconocidos como integrantes del “grupo latinoamericano”) y un factor propulsivo de gran novedad y entusiasmo. El CELAM estuvo además presente en Roma durante sesiones del Concilio con una “oficina de información”. Por eso, la realización del Concilio Vaticano II puede ser considerada como la ocasión providencial y el lugar teológico para que el CELAM tomara cuerpo real y su servicio pudiera estar animado y referido a un auténtico afecto colegial y a una emergente conciencia y solicitud pastoral latinoamericanas de los Obispos.

### **AL SERVICIO DEL “AGGIORNAMENTO” CONCILIAR**

Si la Iglesia de América Latina no tuvo una contribución especialmente significativa en la elaboración de los documentos del Concilio, cuando se pasó a su aplicación todo irrumpió en ella con una fuerte carga de novedad, criticidad y entusiasmo. Durante los años del Concilio y en los inmediatos sucesivos, el CELAM cumple un importante servicio en la difusión de las enseñanzas conciliares, sobre todo en el orden de una renovada autoconciencia y autorrealización eclesiales, y en la sensibilización de las Iglesias locales de América Latina respecto al “aggiornamento” requerido. El servicio del CELAM es entonces de aliento y apoyo a la renovación conciliar en los distintos ámbitos de la liturgia, la pastoral bíblica y sacramental, la catequesis, la vida comunitaria, la pastoral de conjunto, la promoción de los laicos, el diálogo ecuménico, etc.<sup>11</sup> Alimenta por doquier el “aggiornamento” de los llamados “agentes pastorales”. Ese viento intenso y refrescante de reformas a todos los niveles de la vida eclesial ayudaba a ir superando algunas formas institucionales y esquemas mentales y pastorales que en muchos lugares corrían el riesgo de fosilizarse por inercia y que no lograban responder adecuadamente a nuevos problemas y desafíos que emergían por doquier en una realidad latinoamericana en intensa transformación, perdiendo pues dinamismo misionero efectivo. Son años de fervientes entusiasmos; la Iglesia aparece como novedad sorprendente, en intenso movimiento de rejuvenecimiento, de renovación.

Sin embargo, junto con ese necesario y benéfico “aggiornamento”, América Latina quedaba también bajo el impacto de la difusión de lecturas secularizantes del Concilio que provenían de las sociedades de la abundancia y el bienestar, reductoras en cuanto al misterio de la Iglesia y que tendían a contraponer sacramentalización y evangelización, catequesis personalizante y catolicismo de masas, fe adulta y religiosidad “supersticiosa”, alimentando una vasta ola iconoclasta de las formas tradicionales de piedad popular<sup>12</sup>.

Al mismo tiempo, abrir las ventanas al mundo significaba para la Iglesia en América Latina toda otra cosa que el optimismo del diálogo “iglesia-mundo”, apacible y convergente en ámbitos nord-atlánticos; significaba la irrupción huracanada en el seno de las comunidades cristianas de la crisis latinoamericana de los “años

calientes” de la década del sesenta, desatada por la revolución cubana y polarizada en todas sus contradicciones y conflictos.

Cuando todo aparecía como en vilo, en suspensión crítica, entre lo que concluía -gruesamente considerado y a veces despreciado como “pre-conciliar”- y lo que re-comenzaba, todavía informe, en medio de grandes efervescencias, turbulencias e impaciencias, se desencadenaban crisis de identidad en cadena, sobre todo en el clero secular, en comunidades religiosas y en muchas otras instituciones católicas. Signos de primavera y de helada se entremezclaban en lo que será el proceso de una profunda crisis de renovación de la vida y misión de la Iglesia en América Latina.

### **UN CLIMA LATINOAMERICANO ÁLGIDO**

En un contexto latinoamericano cargado de fuertes tensiones, el CELAM propone la realización de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que S.S. Pablo VI convoca a Medellín del 26 de agosto al 7 de setiembre de 1968, para ir acompasando y orientando el camino de “la Iglesia en las actuales transformaciones de América Latina a la luz del Concilio” (tal fue su tema). Era la primera vez que el episcopado de un sub-continente se reunía para una revisión y renovación tan globales, según el espíritu y las enseñanzas del Concilio. La Conferencia de Medellín fue precedida por la Asamblea extraordinaria del CELAM en Mar del Plata, de octubre de 1966, sobre “La Iglesia y la integración de América Latina”. Fue la primera vez que se contó con una visión eclesial global sobre la realidad socio-económica del continente, intentando la aplicación de la “*Gaudium et Spes*” como lectura de los “signos de los tiempos” y plantear la perspectiva del “desarrollo integral” a la luz de las recientes encíclicas sociales *Mater et Magistra* (15.V.1961) y *Pacem in Terris* (11.IV.1963) de S.S. Juan XXIII. En Mar del Plata, la Iglesia asumía las grandes aspiraciones de desarrollo, integración e industrialización que el patrimonio de estudios y propuestas de la CEPAL había difundido por América Latina, que se expresaban en la “Revolución en libertad” (como titulaba la revista chilena “Mensaje” en 1962, con referencia al gobierno de Eduardo Frei) y que en cierta medida trataban de encontrar respuestas y apoyos en la “Alianza para el Progreso”.

Dos años más tarde, en Medellín, se advertía un cambio de acentos. El clima latinoamericano se había vuelto aún mucho más álgido y tenso. Por una parte, llegaba a su ápice una coyuntura histórica de altas mareas de politización e ideologización: el “68” evoca la guerra de Vietnam, el reguero de pólvora del “mayo francés” y la “contestación” universitaria en todas partes, la revolución cultural china, pero sobre todo la proyección de la inflexión socialista, marxista, insurreccional de la revolución cubana, proponiéndose estratégicamente como revolución latinoamericana, en el apoyo teórico y práctico de los focos guerrilleros nacidos por doquier. Por otra parte, fracasaba la Alianza para el Progreso, se agotaban los programas “desarrollistas” y los Estados Unidos daban preferencia al método más económico, expeditivo y brutal de las armas, apoyando una sucesión de golpes

militares represivos, desde el de 1964 en Brasil. Sectores significativos de militancia clerical y universitaria, sensibilizados por estridentes situaciones de injusticia y desigualdad, se lanzaban a la vida política en forma absorbente, en la que muchas veces la salvación parecía quedar confiada a la conquista del poder, a la revolución mesiánica, al cambio de estructuras generador de hombres nuevos, e incluso, para algunas franjas, a la alianza entre cristianos y marxistas, llegando hasta la lucha armada. La muerte de Camilo Torres en 1966 fue signo de una época de sangre.

#### LA CONFERENCIA DE MEDELLÍN

La II Conferencia General del Episcopado Latinoamericana fue inmediatamente precedida por el Congreso Eucarístico Internacional en Bogotá y, en esa ocasión, por la primera visita de un pontífice a tierras latinoamericanas. S.S. Pablo VI había publicado recientemente la Encíclica *Populorum Progressio* (26.III.77), que tuvo una acogida entusiasta en la Iglesia de América Latina: planteó la cuestión social como cuestión internacional, la exigencia de un desarrollo integral y una auténtica cooperación internacional, la crítica del “imperialismo internacional del dinero”, la necesidad de “reformas urgentes, audaces y valientes”, e incluso retomó la doctrina tradicional de la resistencia y de la insurrección contra tiranías prolongadas e insostenibles. El mismo Papa había publicado más recientemente aún la Encíclica *Humanem Vitae* (25.VIII.68), sobre la que se desató una campaña de gran virulencia crítica y montaje publicitario de grandes poderes mundiales, llegando a su paroxismo la “contestación” y el disenso eclesiásticos nord-atlánticos. Los contenidos de esos documentos caracterizaron los discursos de Pablo VI en Bogotá, junto con numerosas condenas contra la violencia, contra su justificación y apología.

No hubo en “Medellín” cuestionamiento alguno a la doctrina, la institución y la autoridad de la Iglesia. A diferencia de otras instancias eclesiásticas, se agradeció al Papa por la “*Humanem Vitae*”, sobre todo desde la grave preocupación por el tremendo aparato propagandístico, financiero y político de un imperialismo “neomalthusiano” y de su cultura contra la vida. Entre los documentos conclusivos tuvo un eco muy grande aquél sobre la “paz”, por sus fuertes tintas de denuncia sobre el “colonialismo interno” y el “colonialismo externo” sufrido por los pueblos latinoamericanos, enlazando referencias a la “violencia institucionalizada” y la “violencia insurreccional”. Lecturas parciales de “Medellín” dejaron en sombras ponencias y conclusiones de la II Conferencia que afrontaban con renovada solicitud pastoral e intentos de adecuada inculturación muchas otras realidades de la misión de la Iglesia<sup>13</sup>.

Diez años después, S.S. Juan Pablo II distinguía entre las valiosas conclusiones de la Conferencia de Medellín y sus interpretaciones reduccionistas, y recapitulaba tres aspectos fundamentales en el legado de dicho evento: “la opción por el hombre latinoamericano en su totalidad (...), su amor preferencial, y no exclusivo, por los pobres (...), su anhelo por una liberación integral de los hombres y los pueblos”<sup>14</sup>.

En efecto, en Medellín emergen vigorosamente dos temas mayores: el de los pobres y el de la liberación. La Iglesia latinoamericana retomaba y replanteaba, de la gran tradición católica, la figura de la “Iglesia de los pobres”. Ya lo había dicho S.S. Juan XXIII: “Ante los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta como es y quiere ser: la Iglesia de todos y particularmente la Iglesia de los pobres”<sup>15</sup>. Si esto no había encontrado su debida estatura en los debates conciliares, porque el mundo europeo pesaba prevalentemente, la fue adquiriendo desde “Medellín”, como autoconciencia de la Iglesia latinoamericana y aporte fundamental a la catolicidad. ¿Podría ser de otro modo en un mundo concreto de encarnación y misión caracterizado por el arraigo en la Iglesia de multitudes de latinoamericanos que sufren la pobreza y que reconocen en el cristianismo su dignidad y esperanza? A su vez, de fuentes bíblicas se toma el tema de la liberación, que evoca también corrientes filosóficas y expresiones históricas de los llamados “movimientos de liberación”. Es en ese contexto que se incuban y expresan las primeras sistematizaciones de lo que será llamada la “teología de la liberación”. Además, Medellín da especial impulso y difusión a las comunidades eclesiales de base, sobre todo como modalidad de participación de sectores populares marginados, donde no llegan las estructuras eclesiásticas tradicionales, y espacio de libertad en contextos de opresión y represión.

### **EN EL EPICENTRO CRÍTICO**

El tiempo transcurrido entre la Conferencia de Medellín y la de Puebla es uno de los más ricos, tensos y complejos de la historia eclesial latinoamericana. Es tiempo de grandes pruebas. El CELAM estuvo en su epicentro.

La Iglesia en América Latina no podía no quedar sacudida por las polarizaciones políticas e ideológicas que repercutían en toda la realidad latinoamericana y por las cada vez más críticas turbulencias que conmovían la Iglesia católica en su conjunto. La muerte del “Che” Guevara en Bolivia fue el signo del fracaso del “foquismo” originario, implantado en la montaña, y abrió la fase de las guerrillas urbanas, sobre todo en el Cono Sur. En un clima de violencias, se consolidó un ciclo muy duro, represivo, de regímenes militares de seguridad nacional. Prevalcían políticas de muerte, que son la muerte de toda política. Desde comienzos de los años setenta irrumpía la difusión latinoamericana, con vastos ecos metropolitanos, de la “teología de la liberación”, si bien con una diversidad de autores, corrientes y acentos. El triunfo de la Unidad Popular en Chile y el posterior derrocamiento de Salvador Allende daban alas a las corrientes de “cristianos para el socialismo”. Por una parte, la Iglesia se erguía como defensora de la libertad y dignidad de la persona y los pueblos, condenaba toda violencia y clamaba por la paz, daba voz a los que no la tenían o quedaban silenciados, y actuaba como mediadora en tremendas situaciones conflictivas. Por otra, sufría el embate de los opuestos extremismos: de quienes pretendían que legitimase una presunta defensa de la “civilización occidental y cristiana”, o al menos que callase ante los costos de la “guerra sucia”, y de quienes intentaban presionar la reformulación de su doctrina y

acción, reduciéndola a sujeto político de apoyo a estrategias revolucionarias, bajo hegemonía marxista.

Esta dramática situación eclesial latinoamericana estuvo además “sobredeterminada” por terremotos eclesiásticos y crisis de identidad: basta recordar que las “reducciones al estado laical” pasaban en la Iglesia católica de 167 en el año 1963 a 2.263 en 1968 y a 3.800 en 1970. Abundaban para entonces las expresiones dramáticas de S.S. Pablo VI, como aquéllas del 7 de diciembre 1968 en que observaba que “la Iglesia se encuentra en una hora de inquietud, de autocrítica, se diría incluso de autodestrucción”, en la que hay que poner toda la confianza en Cristo. “Es Él quien calmará la tempestad”, concluía<sup>16</sup>. ¿Cómo era posible que al Concilio de la más profunda y hermosa eclesiología de comunión le hubieran seguido tantas manifestaciones de desafección, contestación, manipulación y polarización de la Iglesia? Esa fue la cruz que cargó con santa paciencia y esperanza. Sintió la necesidad de proclamar en 1969 el “Credo del pueblo de Dios”. Desde 1968 a 1974 se sufrieron los tiempos más dramáticos de crisis y prueba post-conciliares, mientras la Iglesia en América Latina pagaba todos los costos de su camino hacia la madurez.

## **UNA SEGUNDA FASE DEL POST-CONCILIO**

Hacia mediados de los años setenta, se advierten ya los albores de una segunda fase del post-concilio. “A diez años de la clausura del Concilio -observaba un miembro del equipo teológico-pastoral del CELAM- se presentan todos los sigilos de una segunda etapa pos-conciliar. El nuevo pasaje se sitúa convencionalmente en torno a 1975. El núcleo central de las reformas conciliares se hace normalidad eclesial; es un momento de asentamiento. La Iglesia abandona su estado febril y su camino recupera nueva coherencia. Lo cual no quiere decir que no se planteen enormes e ingentes problemas”<sup>17</sup>. Se trataba entonces de incorporar en el cuerpo de la Iglesia las mejores reformas ensayadas en la vida de la Iglesia conforme a las enseñanzas conciliares, discerniéndolas de los experimentos fallidos y de los desmantelamientos apresurados. Mientras tanto, en silencio, se iba dando un notable crecimiento de movimientos eclesiales, que aportarían una gran esperanza a la Iglesia. La Asamblea Ordinaria del CELAM que tuvo lugar en Sucre, Bolivia, en 1972, fue como el ingreso de la Iglesia latinoamericana en ese tiempo fuerte de discernimiento y recentramiento, en medio de no pocas tensiones, debates y presiones.

Cuatro fueron los eventos que marcaron esta nueva fase eclesial latinoamericana, que tuvo en el CELAM un protagonista importante, fuertemente propulsor. El primero de dichos eventos, de un punto de vista cronológico, fue un encuentro sobre la “teología de la liberación” convocado por el CELAM en Bogotá, a fines de 1973. Exponentes y críticos de la teología de la liberación, en un cuadro de participación y aportes plurales, de rigor científico y fraternidad cristiana, abordaron la “teología de la liberación” en sus distintas vertientes (sociológica, política, cultural, bíblica, teológica y pastoral), en su fase de mayor difusión<sup>18</sup>. El CELAM tuvo el valor de proceder así al primer discernimiento de conjunto de esta corriente teológica, en

el que se planteaban ya los nudos cruciales que ayudarían después al camino de discernimiento del Magisterio pontificio y episcopal.

El evento más importante, en absoluto, de ese período fue la realización de la IV Asamblea Ordinaria del Sínodo Mundial de Obispos, sobre “La evangelización en el mundo contemporáneo” (octubre de 1974). En el camino de su preparación, el CELAM convocó una reunión de Obispos y expertos en Mar del Plata, en 1974, que elaboró un importantísimo documento sobre “Algunos aspectos de la evangelización en América Latina”, que recogió aportes de diversas Conferencias Episcopales y supo seleccionar y profundizar algunos temas y orientaciones fundamentales<sup>19</sup> (que luego serían planteados en intervenciones de los Padres sinodales latinoamericanos). La intervención principal y más ilustrativa en el aula sinodal fue la de Mons. Eduardo Pironio, entonces Presidente del CELAM. Desarrolló, en especial, cinco puntos claves: la religiosidad popular “como verdadero inicio de la evangelización”; un compromiso por una liberación “plena y total” (que es conversión personal y transformación de la historia desde la fuerza de salvación de Jesucristo, que libera de la servidumbre del pecado y genera el hombre nuevo); la evangelización de la juventud en un continente joven; la originalidad eclesial de las comunidades de base; y el desarrollo de nuevos ministerios. En la Asamblea sinodal, los Padres de procedencia latinoamericana, con diversidad de acentos, dejaron sentir el peso de una experiencia común y convergentes preocupaciones y solicitudes pastorales<sup>20</sup>. Quizás se pueda afirmar que en esa Asamblea se alcanza y se expresa uno de los momentos más altos de contribución de la Iglesia latinoamericana en la Iglesia universal. No en vano la Iglesia había ido “latinoamericanizándose” en nuestras tierras, adquiriendo su propio perfil y la conciencia de la propia responsabilidad respecto de los pueblos latinoamericanos y de la Iglesia universal. Temas fundamentales planteados desde América Latina fueron especialmente recogidos por la Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975), para cuya elaboración no fue casual que S.S. Pablo VI contara con la colaboración del Obispo brasileño Mons. Lucas Moreira Neves. Las Iglesias en América Latina -sus Pastores en primer lugar- sintieron muy reflejadas en este documento sus propias experiencias, inquietudes y necesidades. “Todos sabemos que ese Sínodo que dio como resultado la *Evangelii nuntiandi* - escribirá más tarde el Cardenal Alfonso López Trujillo, protagonista decisivo de aquel período “celamítico”, -primero como secretario y después como presidente- fue un Sínodo en el cual quizás la influencia latinoamericana fue más completa (...). Fue un Sínodo de impronta latinoamericana”<sup>21</sup>.

La *Evangelii nuntiandi* tuvo gran difusión y causó hondo impacto en medios eclesiales latinoamericanos. Se llegó a decir de ella que “prolonga y asume sintéticamente el Concilio Vaticano II y, a la vez, nos da una clave nueva para su lectura unificada total, nos ofrece una perspectiva que el Vaticano II no había alcanzado sobre sí mismo”<sup>22</sup>. El valor del recentramiento eclesial en torno a su vocación evangelizadora fue pronto comprendido como el único camino adecuado para afirmar la propia identidad al servicio del bien de los pueblos latinoamericanos. Se establecía la premisa para ir superando la frecuente y perniciosa contraposición

entre la afirmación de la identidad mal entendida como encierro eclesial solipsista y la apertura al mundo confundida con subalternidad a las ideologías mundanas. Evangelizar -escribía Pablo VI- es la dicha, vocación y responsabilidad propias de la Iglesia, su identidad más profunda. “En la evangelización -señalaba un miembro del equipo teológico del CELAM-, la Iglesia recupera su centro, no ya para encerrarse en posturas defensivas de nuevo cuño, sino para poder -a partir de él- abrirse y entregar su máxima riqueza, su mejor y más eficaz servicio: el Evangelio”<sup>23</sup>. La preocupación por dar una visión unificada, integradora, dinámica de la evangelización, sin contraposiciones reductoras, puso en relieve las íntimas relaciones entre testimonio y anuncio, evangelización y sacramentos, fe y piedad popular. Para América Latina fueron también muy importantes la enseñanza sobre los vínculos íntimos que unen y a la vez distinguen la evangelización y la liberación. La referencia central de la *Evangelii nuntiandi* sobre la “evangelización de la cultura y de las culturas” abrió perspectivas fundamentales, íntimamente vinculadas a valorización de la “religión del pueblo”, especialmente de “los pobres y sencillos” y de su potencial evangelizador. El documento pontificio ofrecía, además, criterios claros para el discernimiento eclesial de las comunidades de base, la diversificación de los ministerios, las prioridades de la familia y los jóvenes como sujetos y destinatarios de la evangelización, etc.<sup>24</sup>

El tercer evento significativo de este período fue el encuentro de 60 Obispos latinoamericanos convocados por el CELAM, que realizó un balance de conjunto y a la vez analítico de las conclusiones de “Medellín”, de su importante legado pero también de sus límites y de las extrapolaciones de su utilización parcial, de la exigencia de desarrollo y profundización de diversos enfoques, ya en clave prospectiva<sup>25</sup>. Dos meses después tuvo lugar en Bogotá el Encuentro interdepartamental del CELAM, con un vasto grupo de expertos, sobre “Iglesia y religiosidad popular en América Latina”, de gran riqueza de aportes, que enlaza una auto-conciencia histórica con la cultura, la religiosidad y la misión en pueblos evangelizados. El volumen que publicó el CELAM al respecto no ha sido aún superado como riqueza de muy diversas aproximaciones, reflexiones y perspectivas<sup>26</sup>. Se clausuraba definitivamente la fase iconoclasta, de propagación nord-atlántica, y en medio de agudas crisis de élites eclesiales, del fracaso de minorías revolucionarias “foquistas” y del creciente desconcierto de sectores intelectuales, el pueblo de Dios entraba en escena, con el Año Santo de 1974 y dentro de una nueva conciencia eclesial latinoamericana.

### **LA CONFERENCIA DE PUEBLA: EVENTO DE MADUREZ**

La excepcional acogida y difusión de la *Evangelii nuntiandi* en la Iglesia de América Latina fue como el preámbulo de las primeras reflexiones “celamíticas” acerca de la posibilidad de convocar una nueva Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, a diez años de la de Medellín. No pudo extrañar, pues, que pronto se propusiera el tema de “la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”. El “documento de consulta”, primera referencia de conjunto para la preparación de la Conferencia de Puebla, señaló la *Evangelii nuntiandi* como

“perspectiva universal” y la citó 97 veces. S.S. Juan Pablo II dirá después, en el discurso de inauguración de la Conferencia, que quienes estuvieron cerca de Pablo VI durante la preparación de esta Conferencia “podrán dar testimonio también de la gratitud con la cual él supo que el telón de fondo de toda la Conferencia sería este texto, en el cual puso toda su alma de Pastor, en el ocaso de la vida”<sup>27</sup>.

El CELAM quiso que la preparación de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano fuera muy abierta en la consulta y en los aportes. Tuvo lugar entonces la participación más amplia, sorprendente, diversificada y apasionada ante un evento eclesial latinoamericano. Baste tener presente, a título indicativo, los cuatro voluminosos “libros auxiliares” publicados por el CELAM, con los más diversos aportes para la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, para tener una dimensión de las reflexiones y contribuciones que suscitó esa extraordinaria participación durante la preparación de la Conferencia. Los debates fueron tensos e intensos. Estaban en juego cuestiones cruciales para la Iglesia latinoamericana y universal. Lo eclesial corría el riesgo de aparecer muchas veces subordinado o al menos íntimamente condicionado por lo político. Sectores eclesiásticos radicalizados, agrupados en torno a la tendencia de la teología de la liberación que componía con el marxismo, a los llamados “cristianos para el socialismo”, a ciertas instituciones ecuménicas, pretendieron dar una batalla frontal. Se sumó a ellos, en gran medida, la misma Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR). Se aferraron a una visión apologética y parcial de “Medellín”. Y desembocaron, al fin, en lo que se llamó el “Puebla paralelo”, buscando influir y desvirtuar lo que maduraba en la III Conferencia episcopal. En un clima de rarificación ideológica, surge el proyecto de la “iglesia popular”, contrapuesta a la “iglesia oficial”. “Nord-Sud”, “Este-Oeste”, ambas dialécticas entrelazadas parecían “crucificar” los debates eclesiales. Quienes sólo destacaban la primera, alentaban una Iglesia compañera de las luchas de los oprimidos, apostando por estrategias revolucionarias bajo inspiración marxista, cada vez más recostados en el “socialismo real”. Quienes sólo destacaban la segunda, no demostraban sensibilidad alguna para con las tremendas injusticias y sufrimientos de los pueblos y osaban proponerse como defensores de la “civilización occidental y cristiana”, usando todos los medios militarizados del poder, aún los más violentamente represivos, incluso contra Pastores de la Iglesia -como en el asesinato del Arzobispo Oscar Romero- y de numerosos sacerdotes y catequistas. El CELAM supo mantener firme el timón en medio de la tempestad de los opuestos intereses extremistas y salvaguardar la misión de la Iglesia de su subalternidad a estrategias políticas e ideológicas.

Quiso la Providencia de Dios que la III Conferencia General de Puebla fuera confirmada e inaugurada por el nuevo pontífice S.S. Juan Pablo II, después de la ráfaga refrescante del breve paso de S.S. Juan Pablo I. Un Papa venido de lejano, de la “Polonia semper fidelis”, frontera católica del área del totalitarismo soviético hegemónico por la URSS, inauguraba su pontificado en la frontera latinoamericana, de pueblos de tradición católica, al interior del área hegemónica por Estados Unidos. Fue acogido por una nunca vista manifestación semejante de afecto y devoción por parte del pueblo mexicano (lo que será decisivo para el ulterior

desarrollo del estilo pastoral y misionero del pontificado). No en vano había suplicado a Nuestra Señora de Guadalupe que le abriera el corazón de sus hijos y que pudiera sintonizar con ellos. La “estrella de la evangelización” de la *Evangelii nuntiandi* sería reconocida en la Conferencia de Puebla especialmente en el “rostro mestizo de María de Guadalupe” a la luz de una bellísima mariología (reconocimiento filial y, a la vez, compensación del sorprendente silencio de la devoción popular a la Virgen María en todos los documentos de “conclusiones” de la Conferencia de Medellín). ¿No es acaso significativo y prometedor que Benedicto XVI, en los primeros días de su pontificado, haya querido confiarse a la maternidad de la Virgen ante la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en los jardines vaticanos?

Quienes participaron en Puebla, que tuvo lugar del 27 de enero al 13 de febrero de 1979, tomaron inmediata conciencia, desde el primer día, que el discurso inaugural de S.S. Juan Pablo II había afrontado abierta y claramente las cuestiones debatidas y asegurado un camino seguro y fecundo de desarrollo de la Conferencia y de elaboración de su documento final. El “trípode” de verdades que planteó netamente -verdad sobre Jesucristo, verdad sobre la Iglesia y verdad sobre el hombre- expuso los contenidos esenciales e íntegros de la evangelización y no dejó lugar a equívocos o confusiones<sup>28</sup>. El Papa manifestó gratitud al CELAM por el “esmero” en la preparación de la Conferencia de Puebla. Fue, de hecho, un apoyo muy explícito contra la campaña de difamación que había sufrido. Poco más de un año después, celebrando los 25 años del CELAM en Río de Janeiro, retomó con vigor el calificativo de “providencial” para calificar la creación y el servicio del CELAM.

Puebla concluyó con una serena y profunda afirmación de identidad cristiana, eclesial y latinoamericana, íntimamente entrelazadas. Es el punto más alto de la autoconciencia eclesial y latinoamericana. Su preciosa eclesiología fue ya signo elocuente de que van quedando atrás cuestionamientos tumultuosos y crisis de identidad, y se va incorporando lo mejor de la reflexión teológica latinoamericana desde la senda iluminante de la “Lumen Gentium”. Llamaba a todos los bautizados a la “comunidad y participación”. La perspectiva latinoamericana se afirmó en una recuperación de conciencia histórica, en la exigencia de la evangelización de la cultura y de la piedad popular, en el amor preferencial por los pobres y los jóvenes, en el compromiso y esperanza por la dignificación humana y la liberación integral<sup>29</sup>. Cuando se iban agotando y resquebrajando los sucesivos esquemas de interpretación de la realidad latinoamericana elaborados por sectores intelectuales -primero, los modelos funcionalistas y desarrollistas de “modernización”, y después las teorías de la dependencia vinculadas a estrategias revolucionarias-, la Iglesia se mostraba capaz de recoger muchos aportes e integrarlos en una totalizante autoconciencia histórica de su misión, desde su propia lectura, católica, de esa “originalidad histórico-cultural que llamamos América Latina”<sup>30</sup>, de la realidad de vida, sufrimientos y esperanzas de sus pueblos.

## **JUAN PABLO II Y AMÉRICA LATINA**

No ha habido otro documento episcopal que haya tenido tanta resonancia y difusión que el documento de Puebla en todas las latitudes latinoamericanas, pero también más allá de sus confines<sup>31</sup>. Terminada la III Conferencia, el CELAM se concentró en ayudar por todos los medios su difusión, cuidando y dando claves adecuadas para su lectura e interpretación. Muy numerosos folletos, libros y encuentros promovidos por el CELAM fueron desarrollando los más diversos aspectos considerados en Puebla<sup>32</sup>. Fue mucho más una tarea de difusión y sensibilización, de elaboración de instrumentos de lectura y de comentarios sistemáticos, que de desarrollo creativo. Hubo algunos intentos significativos, como publicaciones sobre la evangelización de la cultura y varias sobre doctrina social de la Iglesia<sup>33</sup>. En otros campos, no se logró dar un seguimiento teológico y una más adecuada realización pastoral a la novedad de sendas abiertas por la III Conferencia. Después de dos décadas pos-conciliares intensísimas, críticas y fecundas, a veces tumultuosas, de fortísimos debates y laceraciones, de las más variadas experimentaciones y propuestas pastorales, sub-entraba ahora cierta fatiga. Después de haber estado en el epicentro de las batallas, el CELAM limitaba su protagonismo.

Es ahora Juan Pablo II quien ocupa la escena latinoamericana, no sólo por la repercusión mundial de su Magisterio, sino también por las visitas pastorales a todos los países del continente. El CELAM lo sigue con atención y organiza diversas actividades de estudio y difusión respecto a los principales documentos pontificios, y ayuda a difundir noticias y discursos. Publica y difunde también los sucesivos discursos de S.S. Juan Pablo II a los diversos episcopados de América Latina en ocasión de sus visitas "ad limina". Quien lee las alocuciones del Santo Padre durante sus viajes apostólicos en América Latina o esos discursos en Roma, encuentra innumerables citas de Puebla. Es la Conferencia de Puebla que le ha dado los esquemas fundamentales de aproximación a la realidad latinoamericana, verificados en los eventos de sus visitas. Nadie más popular que Juan Pablo II en nuestros pueblos. Con Juan Pablo II son también los pueblos que ocupan la escena de las naciones, manifestando su arraigo cristiano, su confianza en la Iglesia, su amor al Papa, sus sentimientos y exigencias de dignidad y libertad. En Haití como en Chile, así como en Polonia y Filipinas, el paso del Papa desata una conciencia de identidad, libertad y dignidad, que erosiona modalidades diversas y ya anacrónicas de regímenes liberticidas. El Papa no deja de denunciar las estridentes injusticias, condenar las violencias, defender los derechos de la persona, los trabajadores y los pueblos, destacar la necesidad de salvaguardar el ser y la misión de la familia, reafirmar la solidaridad preferencial con los pobres. Da fundamentos e ímpetus a la transición hacia la democracia, compartiendo el juicio neto y valiente de "Puebla" acerca de los regímenes de seguridad nacional. Ante la crítica y la crisis de las ideologías, propone una renovada doctrina social de la Iglesia (por entonces, el CELAM organiza los primeros encuentros latinoamericanos sobre la "Caridad" y la "doctrina social de la Iglesia"). A la vez, prosigue el discernimiento crítico de desviaciones y confusiones de corrientes radicales de la teología de la liberación; muchas de sus expresiones serán retomadas en el juicio orgánico que planteará la Congregación para la Doctrina de la Fe en las Instrucciones *Libertatis nuntius*, del 6 de agosto de 1984, (en la que rechaza radicalmente la posibilidad de componer y

reformular la fe cristiana y la teología con el marxismo) y en *Libertatis Conscientia*, del 22 de marzo de 1986 (en la que sienta los fundamentos y desarrollos de una teología de la libertad y la liberación, en un nuevo cuadro cultural e íntimamente ligada a las renovadas enseñanzas sociales de la Iglesia). Ya a comienzos de los años ochenta, la teología de la liberación parece concluir su ciclo pujante de creación y difusión y se repite cansinamente, aunque habiendo dejado arraigados muchos de sus esquemas en no pocos agentes pastorales. Concluye el ciclo hegemónico del marxismo y el derrumbe de los regímenes del socialismo real la dejará totalmente anémica<sup>34</sup>. Mientras tanto el Magisterio de la Iglesia habrá sabido asimilar sus mejores intuiciones proféticas, resurgidas de la tradición católica ante nuevos retos históricos; lo que permitirá a Juan Pablo II escribir, ya dejado atrás todo lo que tenía de errado y obsoleto, sobre “la positividad de una auténtica teología de la liberación humana integral”<sup>35</sup>. Mientras tanto, el CELAM emprendía la importante iniciativa de elaboración y publicación de textos para la formación en los Seminarios (TELAL), con la colaboración de diversos expertos.

El pontífice abre cauces a la democratización, pacificación y reconciliación en el volcán de América Central. El polvo se había desplazado ahora a América Central, donde la caída, en julio de 1979, de la dictadura de Somoza -la más larga y oprobiosa en el istmo centroamericano- era signo de la liquidación histórica de viejas satrapías oligárquicas asentadas sobre sociedades rurales atrasadas y explotadas. La victoria del “sandinismo”, pero sobre todo su infantilismo y aventurerismo ideológico en el poder, agudizó todas las contradicciones y provocó nuevo intervencionismo de Estados Unidos, potencia con graves responsabilidades respecto a la crisis centroamericana. Siguiendo al Papa, el CELAM apoyó decididamente los esfuerzos de “Contadora”. También en otras latitudes latinoamericanas no faltó la predilección, solicitud y compromiso del Pontífice. En noviembre de 1978 su intervención impide el conflicto armado entre Argentina y Chile por las tres islas del canal Beagle, y la sucesiva mediación de la Santa Sede por intermedio del Cardenal Samoré conduce a los acuerdos de paz. Desde Inglaterra, decide viajar inmediatamente a Argentina para estar cerca de su pueblo y reanimar la esperanza después del error y derrota de la guerra por la legítima reivindicación de soberanía de las Malvinas. Años después, el sobreviviente régimen cubano desaprovecha el extraordinario viaje del Papa a la isla para emprender una tan ardua y difícil como necesaria transición hacia mayor libertad y democratización<sup>38</sup>.

Lo fundamental es que toda la pasión demostrada por las vicisitudes de nuestros pueblos ha sido la consecuencia de la custodia y aprecio, el aliento y alimento de su tradición católica. Nada hay más esencial en todo su mensaje que el acontecimiento de Cristo arraigue más profundamente en la vida de las personas, las familias y los pueblos. Resuena desde comienzos de su pontificado el llamamiento a abrir las puertas a Cristo, ante todo del “corazón” de las personas y también de todas las estructuras y dimensiones de la vida social. De allí su propuesta y aliento de una “nueva evangelización”. De allí su peregrinación a la geopolítica espiritual de los santuarios marianos, llevado por su devoción de “Totus tuus”, bien consciente que la Virgen María es la gran “pedagoga del Evangelio” para los pueblos

latinoamericanos<sup>36</sup>. De allí su continuo replantear la vocación a la santidad, destacada por las numerosas beatificaciones y canonizaciones de latinoamericanos (para algunos países, las primeras de su historia, y para otros y para todos tan significativas como la de Juan Diego en México).

## **LA CONFERENCIA DE SANTO DOMINGO**

El quinto centenario del descubrimiento y la evangelización de América fue considerado fecha muy apropiada para realizar la IV Conferencia General del Episcopado latinoamericano. El mismo Papa, a sugerencia del presidente del CELAM, Mons. Antonio Quarracino, decidió viajar a Santo Domingo en 1984 para inaugurar y promover un “novenario” de años y suscitar una vasta movilización espiritual y misionera del pueblo de Dios en América Latina, también como preparación de la Conferencia. Es entonces que el Papa lanza, por primera vez, la consigna de una “nueva evangelización”. Ya lo había anticipado en su discurso a los Obispos del CELAM en la inauguración en Port-au-Prince de la XIX Asamblea ordinaria de este organismo, el 9 de marzo de 1983: América Latina tiene necesidad de una “evangelización nueva: nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión”<sup>37</sup>. Lo desarrollará en Santo Domingo, el 12 de octubre de 1984, exhortando a emprender “una nueva evangelización que “despliegue con más vigor -como la de los orígenes- un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro de esperanza”<sup>38</sup>. Esta referencia se transforma en leit-motiv de todas las declaraciones eclesiológicas y se convierte en el hilo central del tema de la IV Conferencia, convocada por S.S. Juan Pablo II: “Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana”, que tuvo lugar del 12 al 28 de octubre de 1984.

Sin embargo, no se logra una movilización de envergadura durante el “novenario”, que no logra despegar no obstante iniciativas y subsidios del CELAM. Se da un esfuerzo grande en materia de publicaciones con la “Colección V Centenario”, pero prevalecen los estudios históricos y conmemorativos. La preparación de la IV Conferencia suscita menos participación, aportes y debates que durante la de Puebla, lo que la empobrece en sus repercusiones. En realidad, tendrá lugar en momento poco oportuno. La “década perdida” sume a América Latina en un estancamiento general. La Iglesia latinoamericana aparece con cierto cansancio ante las oposiciones, laceraciones y confusiones sufridas. Se busca una mayor tranquilidad, que a veces tiende hacia el “tram-tram” eclesiológico dentro de cierto pragmatismo pastoral. En la Iglesia, la teología de la liberación ha quedado muda o sólo repetitiva, sin demostrar capacidad de refundación y desarrollo creativo. Ya no existen más los “cristianos por el socialismo” y se ha desinflado la estrategia de “caballo de Troya” de la “iglesia popular”. Las comunidades eclesiales de base no tienen la pujanza de otras décadas, pues una positiva ola de democratización abre muchas otras compuertas de participación social. Los regímenes militares han sido derrotados y se busca sanar muchas heridas. Se acababa también el ciclo creador

de la “sociología comprometida” y la “teoría de la dependencia”. Pero también el pensamiento católico latinoamericano y su interpretación general de la vida y el destino de los pueblos latinoamericanos, que llegó al ápice en Puebla, tendía a fragmentarse en una serie de problemas y temas importantes, pero como rapsodias sin sintonía. Abundan en ambientes eclesiásticos y “celamíticos” la atención necesaria y laudable respecto a la defensa de la vida y la familia, la proliferación de las sectas, los derechos humanos, la transición a la democracia, la civilización del amor; se comentan encíclicas y exhortaciones apostólicas del Papa; comienzan las críticas al neoliberalismo vencedor y su aplicación en América Latina. La “nueva evangelización” es referencia omnipresente en el lenguaje eclesiástico, aunque no se advierte el despliegue vigoroso de un dinamismo misionero “ad gentes”. Recupera fuerte interés la doctrina social de la Iglesia, más como tema de estudio y asimilación que de “inculturación” y construcción. Hay importantes reflexiones y gestiones internacionales del CELAM sobre la deuda externa. Sin embargo, no se advierten nuevos rumbos para los pueblos latinoamericanos. Ello repercute en cierto repliegue de los episcopados dentro de los confines nacionales, menguando la dinámica de “latinoamericanización” en el servicio del CELAM.

No en vano, la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se realiza en la transición crucial de un giro histórico epocal, en el que está mucho más claro lo que concluye que lo que emerge de modo muy fluido, novedoso e indeterminado, dificultando enormemente una interpretación y proyección del momento histórico. Muchos esquemas políticos y mentales, también en ámbitos eclesiásticos y de militancia cristiana, aparecen ahora obsoletos.

No facilitó tampoco la preparación y realización de la Conferencia de Santo Domingo el hecho de malentendidos y algunas fricciones entre la gestión de la reestructurada y fortalecida Comisión Pontificia para América Latina<sup>39</sup> y el CELAM, lo que provocó pérdida de energías, funcionando de hecho como distracción respecto de los verdaderos problemas y retos que afrontaba la Iglesia en América Latina y el mismo CELAM. Tampoco lo facilitó su concomitancia con el “V Centenario”, pues en no pocos ámbitos eclesiales, y sobre todo en Conferencias de Religiosos, se confundió el rechazo de las violencias sufridas por los mundos indígenas con la clave ideológica del resurgimiento de cierta “leyenda negra”, ahora concentrada contra la evangelización de los pueblos indoamericanos.

Ante todas esas dificultades, la sabiduría eclesial en Santo Domingo se expresó en centrar todo en una vigorosamente fiel confesión de Cristo, y, por lo demás, retomar y desarrollar en general muchos temas de la Conferencia de Puebla<sup>40</sup>. Dos nuevos impulsos del Papa fueron especialmente significativos en Santo Domingo. El primero es el que lo llevó a plantear la iniciativa de un Sínodo de Obispos de todo el continente americano. El segundo fue un fuerte apoyo a los nuevos procesos de integración que estaban surgiendo en América Latina desde comienzos de los años noventa: “Es grave responsabilidad de los gobernantes el favorecer el ya iniciado proceso de integración de unos pueblos a quienes la misma

geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia”<sup>41</sup>.

## LA NOVEDAD DEL SÍNODO AMERICANO

Es cierto que fue en la Exhortación apostólica *Tertio Millennio Ineunte* que Juan Pablo II anunció la realización de los Sínodos continentales de Obispos como camino colegial de preparación del Gran Jubileo, en los albores del tercer milenio<sup>42</sup>. Sin embargo, el anuncio del Sínodo americano fue hecho años antes, durante el discurso de inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo. El hecho de que esta sorprendente iniciativa procediera del deseo personal del Santo Padre, y no como maduración propia de las Iglesias del continente, planteaba ya razonables dudas acerca de la preparación de éstas para dar ese paso cualitativo, novedoso y exigente.

Seguramente la caída del muro entre el Este y el Oeste, llevaba a Wojtyła a prever y querer la caída del muro entre el Norte y el Sur, y el continente americano era el lugar ideal para enfrentarlo, dado la coexistencia entre la superpotencia global y hemisférica, de tradición cristiano-protestante-puritana y de fuerte crecimiento del catolicismo (sobre todo, gracias a los hispanos), y el mundo latinoamericano, “continente católico”. En efecto, en la convocación del Sínodo el Papa subrayó “los problemas de justicia y las relaciones económicas internacionales entre las Naciones de América, teniendo en cuenta las enormes desigualdades entre Norte, Centro y Sur”<sup>43</sup>. Y ya lo había expresado de tal modo en Santo Domingo: “La Iglesia, ya a las puertas del tercer milenio y en unos tiempos en que han caído muchas barreras y fronteras ideológicas, siente como deber ineludible unir espiritualmente aún más a los pueblos que forman parte de ese gran continente y, a la vez, desde la misión religiosa que les es propia, impulsar un espíritu solidario entre todos ellos”<sup>44</sup>. La realización del Sínodo, en fin, tiene lugar en una fase de interdependencia creciente entre Estados Unidos y América Latina bajo ímpetus neoliberales y en pleno desarrollo del Tratado de Libre Comercio (NAFTA) entre Canadá, Estados Unidos y México, de desarrollo de las negociaciones del Área de Libre Comercio Americano (ALCA/FTAA), de propuesta estadounidense de sendos tratados de libre comercio con Chile, Centroamérica, el Caribe y la Comunidad Andina, mientras que más arduas y complejas aparecían las negociaciones con el MERCOSUR y las oposiciones de intereses en juego. El Sínodo de las Américas fue un acontecimiento de comunión, marcado por la común responsabilidad ante los caminos del Evangelio en el continente y por una renovada solidaridad entre los pueblos.

Hubo quienes malinterpretaron el Sínodo americano y la sucesiva Exhortación apostólica “*Ecclesia in America*” como “fuga in avanti”, incluso planteando la perspectiva de la sustitución del CELAM por una nueva estructura de coordinación continental. No resultaba para nada pertinente alguna pretensión de imponer que en adelante se hablase sólo de “América” en singular, como si se tratase de un continente sin contenidos muy diversificados, forzando denominadores comunes. Y peligroso podía ser que se tradujese mecánicamente la comunión y colaboración de

las Iglesias y la solidaridad reclamada, con formas de unidad política y económica a nivel continental.

En realidad, la Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para América, celebrada en el Vaticano del 16 de noviembre al 12 de diciembre de 1997, tuvo el gran valor de entregar a todas las Iglesias del continente un “método” y orientación pastorales de innegable fecundidad, expresada en la consigna: encuentro con Jesucristo vivo, camino de la conversión, la comunión y la solidaridad. Fue oportuno y valioso lugar de encuentro, diálogo y estrechamientos de vínculos de amistad entre los Obispos de todo el continente, pero encontró dificultades en suscitar la aproximación “continental” y una visión a la vez común y muy diferenciada de articular temas y “recomendaciones”. Sobre todo, quedó como hito inicial, en cuanto promesa y exigencia de un camino de comunión, colaboración y solidaridad a recorrer en el próximo futuro. Quizás por eso mismo, el documento post-sinodal, la *Ecclesia in America*, más que un fruto de larga maduración fue guía recapituladora de trabajos sinodales, orientadora e incitadora para que las Iglesias en América asumieran toda la responsabilidad que les compete en esa senda abierta. En efecto, en esta senda, se advierten temas fundamentales, que deben ser enfrentados en común, y no sólo a niveles episcopales. Después de ese Sínodo, las reuniones inter-americanas de Obispos dieron un salto de cualidad, y comenzaron a afrontar y definir estrategias de conjunto sobre temas importantes, como el fenómeno masivo de migraciones del Sur hacia el Norte, la proliferación de las comunidades “evangélicas” y pentecostales del Norte hacia el Sur, la presencia creciente del catolicismo hispano en Estados Unidos, las negociaciones y oposiciones entre diversos proyectos de integración, la colaboración solidaria entre Iglesias de muy diversas dimensiones y recursos, etc.

#### **CAMINO A LA QUINTA CONFERENCIA**

Después de una comprensible fase transitoria de fatiga, que siguió a tiempos muy intensos de prueba, van apareciendo por doquier signos notorios de un renovado dinamismo eclesial latinoamericano, que el pontificado de Juan Pablo II ha alimentado considerablemente. Se ha ido consolidando una mucho más serena comunión. Se han atenuado muchísimo los sobresaltos ideológicos y afirmado una responsabilidad más firme por la custodia y transmisión del “depósito de la fe”. Se han superado las olas de crisis de identidad cristiana. Una nueva generación de Pastores va dejando atrás los desgastados estereotipos de “conservadores” y “progresistas”. Se entreteje más la colaboración entre los Episcopados. Aumentan las vocaciones sacerdotales. Impresiona la vitalidad de comunidades cristianas diseminadas por todas partes, y la centralidad expresiva y participativa de la liturgia. Persiste por doquier la vitalidad de la piedad popular con hondo sentido de trascendencia y a la vez de la cercanía de Dios. Los contenidos eucarísticos y marianos que la caracterizan, junto con la devoción al Papa, siguen muy arraigados. Los santuarios siguen siendo metas de multitudinarias peregrinaciones. Se difunden nuevos movimientos y comunidades eclesiales. Innumerables catequistas laicos sirven por doquier a las comunidades cristianas. La caridad de la Iglesia se expresa

en un sinnúmero de gestos y obras que salen al encuentro de las necesidades materiales y espirituales de los pueblos, y especialmente de los más necesitados. Hay fuerte compromiso eclesial en la defensa de la vida contra una “cultura de muerte”. Hay muchas iniciativas por y para los jóvenes. Todo ello y muchos otros signos de renovada vitalidad confluyeron en el Año Jubilar y fueron “alimentados” por este evento de gracia, así como alentados por el CELAM. Éste, a la vez, intenta dotarse y proponer una visión católica y latinoamericana de la nueva situación mundial y hemisférica, primero mediante el documento sobre “Megatendencias 2000. El tercer milenio como desafío pastoral”, y después, sobre todo, mediante el largo proceso de gestación de las reflexiones del CELAM sobre “Globalización y nueva evangelización en América Latina”<sup>45</sup>. Mientras tanto, crece la preocupación eclesial por estrategias neoliberales de crecimiento económico, que se estancan hacia finales de siglo, víctimas de sus propias limitaciones y contradicciones, que agudizan situaciones de exclusión, pobreza y desigualdades estridentes y que abren una nueva época de reacciones populares, de protagonismo de movimientos indígenas y de sus aspiraciones, de formación de nuevos movimientos políticos. A la vez, crece también la preocupación por el emerger de radicalismos ideológicos tan confusos como amenazadores. La Iglesia actúa asimismo como fuerza de reconciliación, mediadora ante situaciones polarizadas y pacificadora ante violencias endémicas, actuales o potenciales.

Las más diversas encuestas realizadas en países latinoamericanos confirman el enorme capital de consenso, confianza y credibilidad de los que goza la Iglesia. No obstante deficiencias humanas, en ella la gente encuentra morada sin exclusiones, acogida maternal y encuentro fraterno, caridad ante las necesidades, expresión de la sabiduría y valores inscritos en su tradición, respuesta cierta a los deseos de “sentido”, justicia, felicidad que laten en sus corazones, compasión y consuelo dentro de los sufrimientos, esperanzas contra toda esperanza.

## **UN BALANCE DE 50 AÑOS**

En esta asamblea episcopal, se permite a un laico rendir testimonio y homenaje al Consejo Episcopal Latinoamericano como institución fundamental en la historia contemporánea de la Iglesia en América Latina. En sus cincuenta años, su servicio eclesial ha sido de primera importancia. Resumiéndolo sintéticamente ese servicio, en sus aspectos más importantes, en términos generales se puede afirmar lo siguiente:

1. El CELAM ha prestado un servicio insustituible para anudar, impulsar y sostener el afecto colegial y la colaboración pastoral entre los Obispos de los países latinoamericanos, superando un legado de mucha incomunicación entre ellos y los estrechos “cielos” culturales, políticos y eclesiásticos de las fronteras diocesanas y nacionales. Ha alentado y ayudado la constitución de las Conferencias Episcopales de los distintos países de América Latina y mantenido en comunicación y colaboración a los diversos Episcopados. Por ello mismo ha dado valiosa

colaboración para suscitar una participación más consciente y activa en los dinamismos de la catolicidad en América Latina y a nivel universal.

2. Ha cuidado siempre ser un organismo de y para los Episcopados, sin pretender constituirse en una especie de superestructura de las Conferencias Episcopales, estableciendo en su estructura estatutaria, en su dinámica colegial y de colaboración y en sus programas la mayor corresponsabilidad y participación de los Episcopados y los Obispos de América Latina. En ese sentido, fue muy importante que desde la XIII Asamblea Ordinaria del CELAM, celebrada en Costa Rica, en mayo de 1971, las Conferencias episcopales se hagan representar en el CELAM no sólo por respectivos delegados escogidos para esa función, sino también por sus Presidentes. Este espíritu de corresponsabilidad y participación se expresa en sus Directivos, en sus Asambleas ordinarias y extraordinarias, en las Comisiones episcopales que rigen sus Departamentos y Secciones, en sus reuniones periódicas de coordinación, en la realización de periódicas reuniones regionales (Cono Sur, Andina, de México-Centroamérica y el Caribe...) de los Episcopados, etc.

3. Ha promovido la renovación eclesial mediante la difusión de las enseñanzas del Concilio Vaticano II en todo el continente, la reflexión sobre pautas de discernimiento en su comprensión y aplicación, la inspiración y orientación de los programas “celamíticos” y guiando modalidades de inculturación, que han ayudado a perfilar y madurar la identidad propia de la Iglesia de Dios que está en América Latina.

4. Ha manifestado siempre su voluntad de comunión inquebrantable con los Pontífices y la Santa Sede. Se ha demostrado atento y fiel a la “cátedra de Pedro”, acogiendo, estudiando, difundiendo y valorizando el Magisterio pontificio, y ha promovido y sostenido la comunión afectiva y efectiva con los sucesivos pontífices. Esto mismo ha sido explícitamente incorporado en los Estatutos: “en perfecta comunión con la Iglesia universal y su Cabeza visible, el Romano Pontífice”. A la vez, ha evitado la tentación y el riesgo de ser considerado como “una suerte de intermedio entre Roma y las Iglesias particulares, algo así como ‘un Vaticano en pequeño’ ”.

5. Se ha mantenido en estrecho contacto de comunión, diálogo y colaboración con los dicasterios de la Santa Sede, atento a sus indicaciones (sin que anécdotas pasajeras y de poca importancia empañaran esa constante actitud).

6. Ha hecho crecer por doquier una conciencia latinoamericana de los Episcopados y las Iglesias locales, valorizando la historia, tradición, cultura y la piedad católica de sus pueblos, solidaria con sus sufrimientos y esperanzas, comprometida con el destino del “continente de la esperanza”, con amor de predilección a los pobres.

7. Ha sido signo, cauce y corriente de la unidad de los pueblos latinoamericanos, destacando sus raíces religiosas y culturales para dar mayor fundamento, alma y

propulsión a corrientes intelectuales y formas políticas y económicas de integración, salvándolas de enfoques parciales y limitados. Además, el CELAM cooperó eficazmente a la superación de cierta incomunicación histórica y cultural entre Brasil y los países hispanoamericanos. Conjugó en sí los dos rostros de América Latina: el lusoamericano y el hispanoamericano. Por eso mismo, así como hubo muchos Presidentes del CELAM de diversos países hispanoamericanos (argentinos como Eduardo Pironio y Antonio Quarracino, chileno como Manuel Larraín, colombianos como Alfonso López Trujillo, Darío Castrillón y Jorge Jiménez, hondureño como Oscar Rodríguez Maradiaga, mexicano como Miguel D. Miranda y de la República Dominicana como Jesús López Rodríguez), también los hubo del Brasil (Jaime de Barros Camara, Avelar Brandao Vilela e Aloisio Lorscheider).

8. Ha contribuido a enriquecer el Magisterio eclesial “latinoamericano” mediante la organización y animación de las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, la realización de Encuentros y la elaboración, profundización y propuesta de criterios de discernimiento sobre muy diversas temáticas doctrinales, teológicas y pastorales. De tal modo, ha prestado oportuna e importante colaboración al discernimiento del Magisterio pontificio en temas importantes y ha ayudado a hacer resurgir e incorporar más vigorosamente en el Magisterio eclesial aspectos relevantes de la tradición católica.

9. Ha dado aportes fundamentales para superar los límites de visiones ideológicas y parciales de la historia y la realidad actual de América Latina, para romper los prejuicios de leyendas negras anticatólicas y para proponer una inteligencia de la fe como clave de una nueva lectura de esa realidad.

10. Se ha manifestado cercano, en comunión y solidaridad, a Iglesias locales de la región que han pasado por situaciones de especiales dificultades: conflictividad polarizada y violencias, pobreza extrema y desastres naturales, atentados y amenazas contra la libertad, ataques contra los Pastores e insidias y presiones ideológicas.

11. Ha promovido y sostenido una mayor participación y contribución de las Iglesia de América Latina en la vida de la Iglesia universal, gracias a las relaciones con los sucesivos pontífices y con los dicasterios de la Curia Romana, a la colaboración en los viajes apostólicos, a la preparación de las Asambleas de los Sínodos mundiales, a la información, sensibilización y movilización promovidas respecto a otros grandes eventos de la catolicidad, como años santos, años marianos, congresos eucarísticos internacionales, etc., a sus vinculaciones de comunión y colaboración con otros organismos continentales de Episcopados (CCEE y COMECE, FABC, SCECAM), con Conferencias Episcopales de otros países y agencias eclesiales de ayuda, a las reuniones inter-americanas de Obispos, etc.

12. Ha sabido combatir las “buenas batallas” por el “depósito de la fe” de la Iglesia contra fuertes tendencias secularizantes e ideológicas que arriesgaban confundir, erosionar e instrumentalizar el patrimonio católico de los pueblos latinoamericanos.

13. Ha llevado a cabo una intensa y difundida labor de formación de “agentes pastorales”, comenzando por los mismos Obispos (no sólo gracias a la dinámica colegial señalada, sino también mediante numerosos cursos tanto a nivel continental como regional); esa labor ha sido muy amplia y fecunda también respecto de innumerables sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, gracias a sus encuentros y publicaciones, a los más diversos cursos de formación y en especial a la sistemática y variada labor docente emprendida por el Instituto Teológico y Pastoral de América Latina durante los últimos 30 años.

Es evidente que estos logros y frutos han tenido durante estos 50 años fases de mayor crecimiento y madurez y otras de menor intensidad y resultados.

Por todo ello, el CELAM ha merecido la confianza, el aliento, el reconocimiento y la bendición de los sucesivos pontífices<sup>46</sup>, desde su misma institución que satisfacía “los paternales deseos del augusto pontífice”<sup>47</sup> Pío XII. Juan XXIII alentó “procurar una clara visión de la realidad de las cosas”, estructurando “un plan de acción que corresponda a la realidad” y llevándolo a “la valiente ejecución”<sup>48</sup>. En varias oportunidades, Pablo VI destacó, en el vigésimo aniversario del CELAM, cómo “la semilla sembrada en Río de Janeiro ha crecido y echado profundas raíces”, acompañado por “la intensidad de nuestro afecto”, felicitándolo por tan acertada obra (...) en su fecunda existencia”, contribuyendo “providencialmente al florecimiento de la Iglesia en este continente”<sup>49</sup>. En carta dirigida al CELAM, reunido en su Asamblea de Sucre, en momentos importantes y difíciles, Pablo VI agradecía el Señor por “los frutos obtenidos en estos primeros diecisiete años de existencia”, y proseguía, afirmando: “Han sido años difíciles pero fecundos (...). Indudablemente ha promovido el ‘afecto colegial’ de los Obispos y favorecido la comunión entre las Iglesias particulares. Se ha esforzado también por descubrir las exigencias peculiares de la Iglesia Latinoamericana, coordinar sus actividades pastorales y animar su presencia salvadora, tratando de ayudar a encontrar respuestas cristianas en la transformación actual del continente”<sup>50</sup>. Juan Pablo I tuvo tiempo de demostrar su confianza en el CELAM, confirmando la convocatoria de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. De ésta, Juan Pablo II señaló que había sido “preparada esmeradamente” por el CELAM<sup>51</sup>. Su discurso en acto de celebración del vigésimo quinto aniversario del CELAM en la Catedral de Río de Janeiro es la más sistemática expresión de confirmación y apoyo: “(...) El Espíritu Santo, alma de la Iglesia, inspiró en el momento oportuno aquella nueva forma de colaboración episcopal que fraguó el nacimiento del CELAM”, reiterando, junto a los pontífices anteriores, merecer el calificativo de “providencial”<sup>52</sup>. Podrían aún citarse muchos otros discursos y documentos pontificios.

### **ALGUNAS CUESTIONES CRUCIALES**

El CELAM es bien consciente que asume hoy una responsabilidad importantísima en la preparación, organización y animación de la futura V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Está ya abocado a suscitar

una consulta, que comenzando por los Episcopados, se prevé lo más amplia posible, tratando de implicar, en la oración y reflexión, los más vastos y diversos niveles de participación. No hay que temer el debate abierto, porque ayuda a discernir y definir las cuestiones cruciales. No basta, por supuesto, recoger, acumular y ordenar los diversos aportes “locales” y “nacionales”. Si fuera así, se correría el grave riesgo de limitarse a un elenco invertebrado de temas, impresiones y opiniones, lo que ciertamente no sería un servicio adecuado ni orientador. Por su naturaleza y servicio, el CELAM, como lo ha ya demostrado en otras oportunidades, tiene la gran responsabilidad que tiene de recoger ciertamente todos los aportes, pero también de pasarlos bajo discernimiento y de elaborar una propuesta orgánica de reflexión, de raigambre y proyección, sea católica que latinoamericana, muy abierta a nuevos debates y aportes, y de tal modo realmente útil para los trabajos de la Conferencia. No en vano el CELAM vive de las Iglesias locales, y a su vez está llamado a revertir sobre cada una de ellas la experiencia unificada del conjunto, desde una mirada y dinamismo globales, con funciones de reflexión, comunión y colaboración expresamente “latinoamericanizadas”.

En el horizonte de ese trabajo de consultas y aportes, con los subrayados con los que me permito hacerme eco de muchos laicos comprometidos en nuestra Iglesia, me permito esbozar esquemática y sintéticamente algunas de las cuestiones que parecen cruciales:

1. Es obvio para los Obispos latinoamericanos que la fuente de enseñanzas y orientaciones serán las siempre actuales y pertinentes del Concilio Vaticano II y que sabrán atesorar e “invertir” la riqueza del Magisterio de S.S. Juan Pablo II. Hay quienes se preguntan si la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* no podría ser para la V Conferencia lo que fue la *Evangelii Nuntiandi* para la III Conferencia. ¡Y qué preciosa oportunidad para reafirmar inmediatamente la adhesión efectiva y afectiva al nuevo Pontífice, como acto de obediencia en la fe! No tengo la menor duda que nuestros Pastores seguirán con especial atención y fidelidad el Magisterio del pontificado de S.S. Benedicto XVI para compartirlo para bien de las comunidades cristianas y todos los latinoamericanos. La comunión y colaboración con la Santa Sede ha sido siempre indispensable en las Conferencias Generales del Episcopado. Sería bueno también reasumir los frutos de las anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Todo ello permite pensar que sería quizás pretencioso, superfluo e incluso peligroso querer elaborar documentos totalizantes y omnicomprensivos, así como fundamental la capacidad de síntesis alimentadas e inspiradas por ese capital de enseñanzas. Todo ello adquiriría una visión y verificación determinantes si la inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano se diera con la presencia y la palabra del Papa, en el cuadro de una gran acogida del pueblo de Dios, bajo la protección y la intercesión de la Santísima Virgen María especialmente desde su santuario de la sede de acogida.

2. Todos sabemos con convicción que el patrimonio y recurso más precioso de América Latina es que las grandes mayorías estén bautizadas, lo que es fruto de la fecundidad de la primera evangelización, de la inculturación del Evangelio en la vida

de los pueblos, del arraigo secular del cristianismo, de la confesión de muchos de la fe recibida como clave de identidad y dignidad, de sabiduría y esperanza. Es tradición que hay que acoger con gratitud y orgullo como gran tesoro, que no puede ser dilapidado, sino fructificado desde la “insondable riqueza de Cristo”. Es notorio que ese patrimonio está sujeto a fuerte erosión capilar por descuidos y deficiencias en la evangelización y catequesis, por el impacto de la descristianización inducida por la difusión de la cultura dominante a nivel mundial y por el crecimiento proselitista de otras comunidades cristianas y “sectas” desde el “revival” evangélico y pentecostal de Estados Unidos. La tradición católica de nuestros pueblos es considerada hoy día una “anomalía” para grandes poderes que tratarán, sin duda, de disgregarla, desvirtuarla, arrasarla.

3. Sin embargo, la misión de la Iglesia no se define por tales desafíos. La cuestión principal, decisiva, ayer como hoy, es cómo el don de la fe es acogido, custodiado, celebrado, vivido, compartido y comunicado por la Iglesia, por los cristianos. Tan claro lo tiene el CELAM que ha propuesto como tema de la V Conferencia la cuestión fundamental de la formación de los discípulos y testigos de Jesucristo en América Latina. Urge, en verdad, un vasto movimiento de formación cristiana (¡no sólo informar sino dar “forma” a la vida!) de los bautizados para que el discipulado de Jesucristo sea fructificación de todo lo que la evangelización ha sembrado en el corazón de las personas y los pueblos, y que se expresa para multitudes en la “piedad popular”, sobre todo de los pobres y sencillos. Ciertamente Juan Pablo II se refería a ello cuando exhortaba a una “nueva evangelización”. Se necesita “recomenzar” y “caminar desde Cristo”, en toda la profundidad de su Misterio<sup>53</sup>, para los Pastores y todos los fieles. La tradición católica se revitaliza en el encuentro personal con Cristo, para que su Presencia arraigue mucho más profundamente en la vida de las personas, las familias y los pueblos. No hay que presuponerlo y darlo por descontado. La condición primera es el impacto sorprendente y fascinante de ese encuentro, con la misma realidad, actualidad, novedad, con el mismo estupor y poder de persuasión y afecto que tuvo el encuentro de los primeros discípulos con Jesús en las riberas del Jordán y en el mar de Galilea y que tuvo el de los “juandiego” del “Nuevo Mundo” hace quinientos años. Ese encuentro, que hace arder el corazón porque es presentimiento de un don de verdad y felicidad para la propia vida, suscita el seguimiento del Señor y el “estar”, “permanecer”, “quedarse” con Él, como pegados a su Presencia. Es en ese seguimiento y compañía, que se hace amistad y familiaridad, que se aprende de su testimonio, que se acogen y atesoran sus enseñanzas, y que la propia vida va siendo cambiada. En efecto, un auténtico encuentro y amistad con Cristo es tal si cambia la vida, no obstante las resistencias del poder del pecado; si cambia la vida matrimonial y familiar, el trabajo, el uso del tiempo libre y el dinero, y se vuelve “vía, verdad y vida” de la propia existencia e inteligencia de toda la realidad. El tema de la V Conferencia apunta a renovar ese itinerario de discípulos en la vida de todos los bautizados, desde el encuentro y compañía con quienes dan testimonio fascinante de la Presencia del Señor y comparten las razones de su esperanza. La gratitud y la alegría son sus signos desbordantes ante el don recibido y experimentado como la

verdad, el bien y la belleza de la propia vida, abrazada, regenerada y salvada por el amor misericordioso de Dios. Todo lo demás se da por añadidura.

4. Permítanme decirles que las personas, las familias y los pueblos necesitan ser acompañados, amados, sostenidos, educados, evangelizados por Obispos y sacerdotes que estén aún mucho más cerca de todos, apasionados por los prójimos que la Providencia de Dios les ha confiado, más llenos de caridad pastoral y celo apostólico, más urgidos por conducirlos a Cristo, más padres y hermanos en la comunión eclesial. Sólo los ministros cuya existencia tiene una “forma eucarística” son capaces de suscitar y formar discípulos y testigos del Señor. Tienen que comenzar ellos mismos por convertirse siempre en más fieles y entregados discípulos y testigos para que resplandezca la capitalidad de Cristo en su vida y ministerio.

5. Tenemos también muy claro que no hay posibilidades de crecimiento para todos los fieles en el discipulado y el testimonio del Señor si no se educa a un más profundo sentido de pertenencia a la Iglesia en cuanto misterio de comunión con Dios y los hermanos. Todas las comunidades cristianas -familias cristianas, parroquias, pequeñas comunidades, comunidades eclesiales de base, comunidades de consagrados, movimientos eclesiales...- tienen que sentirse llamadas a vivir, celebrar y comunicar ese misterio de comunión en toda su densidad, verdad y belleza. ¡Casas y escuelas de comunión!<sup>54</sup> (tal como lo retoma el plan actual del CELAM). Ello implica, ante todo, una educación a reconocer, celebrar y vivir más a fondo el misterio de Dios en la liturgia y sacramentos, y la eucaristía, efectivamente, como fuente y vértice de toda la vida cristiana. Hay que dar mucha mayor importancia, y contenidos más exigentes y sistemáticos, al itinerario sacramental, comunitario y catequético de iniciación cristiana (¡de la iniciación cristiana a la madurez de una fe adulta!). Más las comunidades cristianas viven de ese misterio, más sentido de pertenencia suscitan, más educativas son de discípulos de Cristo, más atraen a compartir su novedad de vida -la unidad en la verdad y la caridad- reenviando a la “fuente” y tradición que la hace posible, más comunican las razones de la esperanza que las anima. Los movimientos eclesiales y nuevas comunidades, en cuanto signos y reflejos de esa comunión, métodos de educación a la fe y sujetos de misión, han de ser considerados y alentados como dones del Espíritu para la misión de la Iglesia en América Latina, acogidos con la magnanimidad y cordialidad del Buen Pastor, llamados a injertar y fructificar sus carismas en la tradición y piedad de nuestros pueblos.

6. Sabemos con gratitud y admiración que la evangelización de los pueblos americanos ha estado siempre caracterizada por una presencia fundamental de religiosos y religiosas. Por eso mismo, ¿quién duda que haya que alentar por todos los medios una profunda renovación de la vida consagrada activa en América Latina para que vaya dejando atrás recaídas secularizantes persistentes y transmita mayor luminosidad, convocatoria y fuerza atractiva su testimonio de la radicalidad cristiana, de la santidad a la que todos los fieles están llamados?

7. ¡Ojalá que la preparación de la V Conferencia sea una buena ocasión para abrir a fondo el “dossier” sobre instituciones católicas de enseñanza, desde las escuelas a las Universidades católicas, pasando por muchos Institutos de formación. Son instituciones muy importantes para la misión de la Iglesia y el servicio a los pueblos, pero cabe esperar de ellas una reafirmación fiel, inteligente y fecunda de su identidad cristiana para contar con aportes y logros mucho más consistentes en lo que se refiere a la reconstrucción de un tejido educativo católico y a la formación integral de católicos.

8. En especial, hay que prestar una particular solicitud pastoral a la formación de discípulos y testigos del Señor entre los *jóvenes*. Se necesita repensar y reformular la pastoral juvenil. Hay que aprender al respecto del paradigma educativo y evangelizador de las Jornadas Mundiales de la Juventud presididas por el Santo Padre. Otro sujeto y destinatario especial de esa solicitud ha de ser la *familia*, tan disgregada y agredida en su ser y misión, sobre todo en la formación cristiana de los cónyuges, de los futuros esposos, de padres y madres, para que sean verdaderas “iglesias domésticas”, educadoras de nuevas generaciones. La Iglesia latinoamericana tiene que valorizar y cuidar a las *mujeres*, pilares de las familias y los pueblos, muchas veces modelos de entrega y sacrificio, y custodias de la tradición católica, sometidas por ello a especiales insidias. Tiene que dedicar ingentes e inteligentes energías misioneras y catequéticas para custodiar y hacer crecer la fe entre las *comunidades indígenas*, especialmente necesitadas hoy de confirmación y reafirmación en la fe católica recibida, como también las más necesitadas de promoción humana, liberación y justicia, cuidándolas de proselitismos sectarios y de ideologías indigenistas anticatólicas que hacen mella allí donde se descuida o desvirtúa la evangelización. La Iglesia latinoamericana tiene que replantearse a fondo la prioridad y exigencia de formación y compañía de nuevas generaciones de *líderes católicos en todos los areópagos de la vida pública* de las naciones (en la política y la economía, en la universidad y la cultura, en las ciencias, letras y artes, en los campos de la comunicación social, en la empresa, sindicatos y movimientos populares). Se necesita generar lugares, itinerarios y compañías para poder contar cada vez más con laicos competentes pero, sobre todo, arraigados en la comunión eclesial, con una inteligencia de la fe y de sus enseñanzas sociales como inteligencia de la realidad, que sean “constructores de la sociedad”, de una vida más humana para todos los latinoamericanos, en justicia, paz y dignidad.

9. El hecho de que en América Latina viva el 50% de la población católica mundial -porcentaje destinado a crecer en las próximas décadas- requiere un salto de cualidad como conciencia, responsabilidad y solicitud católicas en el seno de la Iglesia universal. Junto a la grave y exigente responsabilidad respecto a su propio pueblo, ello implica mayor colaboración con el ministerio del Sucesor de Pedro. A su vez, la experiencia, las reflexiones y los problemas de la Iglesia en América Latina han de suscitar todavía mayor atención y compañía en la Curia Romana. Requiere también que la Iglesia de América Latina sepa compartir más generosamente la fe recibida con otros pueblos, “ad gentes”, sobre todo con las Iglesias más jóvenes y en dificultad. Tarea fundamental es buscar los medios más adecuados para colaborar

con la Iglesia de los Estados Unidos respecto a la “pastoral de los hispanos”. Por ser “extremo Occidente”, un Occidente de raigambre católico en los pueblos, un Occidente empobrecido en una región emergente y en vías de desarrollo, América Latina está en condiciones de comunicar a 360 grados en la dinámica de la catolicidad y en los nuevos escenarios globales.

10. El destino de la catolicidad y el destino de nuestros pueblos están en gran medida entrelazados, al menos para el actual siglo XXI. Si cae en reflujo la tradición católica, si no se procede a un intenso trabajo de educación en la fe, si no crece en el sentido de pertenencia a la Iglesia y se desatan energías misioneras, y si esa tradición católica no se convierte en alma, inteligencia, fuerza propulsora y horizonte de un auténtico desarrollo y crecimiento en humanidad, sufren y pierden nuestros pueblos. Y si nuestros pueblos quedan encadenados en situaciones de marginalidad y pobreza, en ciclos periódicos de depresión y violencia, arrastrando las mayores desigualdades sociales del mundo, sufre y pierde la catolicidad. El amor de Cristo no puede sino manifestarse en pasión por la vida y el destino de nuestros pueblos y de especial solidaridad con los más pobres, sufrientes y necesitados. Es obvio que no corresponde a la Iglesia entrar en debates políticos ni en cuestiones técnicas. No es esa su vocación y misión. Sin embargo, su contribución original es decisiva en la vida de los pueblos, por medio de un perseverante recomenzar desde la conversión de cada persona, de los contenidos de verdad y amor, de unidad y sabiduría que transmite, de la educación y forja de las energías humanas del pueblo, por las luces de su doctrina social como inteligencia y competencia respecto a los problemas fundamentales de la convivencia social. Los principios de dignidad, subsidiaridad y solidaridad tienen que traducirse en criterios de discernimiento, de transformación y construcción social desde nuestra realidad. No propone “recetas”, pero tiene que alentar un cierto proyecto histórico, enfrentando algunas cuestiones claves<sup>55</sup>:

- Ante todo, apuesta por la educación de la conciencia de la persona, de su vocación, dignidad y destino, de la grandeza del ser, del don y drama de la libertad, de sus constitutivos deseos de verdad y “sentido”, de bien, comunión, belleza y justicia. La Iglesia siempre comienza y recomienza de la persona: la persona, una y dual, cuerpo y alma, varón y mujer, individuo y comunidad. Hoy se trata del desafío crucial de salvaguardar su dignidad trascendente para no quedar reducida a partícula de la naturaleza o elemento anónimo de la ciudad humana.

- Reconstrucción de la persona es también reconstrucción de los vínculos de pertenencia y convivencia, según la dialéctica de la amistad-gratuidad-comunión (pertenencia a una familia, a un pueblo, a una cultura, a una nación, ¡al pueblo de Dios en la Iglesia del Señor!). Se trata de rehacer el tejido cristiano de la sociedad humana. El ejercicio de la subsidiariedad es fundamental, sosteniendo y alimentando energías humanas de formación, empresarialidad, laboriosidad, sacrificio y solidaridad de las personas, las familias, las amistades ideales y operativas, los pueblos. Estado y mercado no lo hacen y no bastan. La Iglesia tiene una responsabilidad y posibilidad muy grandes, dado su arraigo en la vida de los pueblos, la comunicación con el

ethos popular, la cercanía a sus necesidades, las innumerables obras que promueve, su credibilidad...

- Apuesta por la búsqueda de nuevos paradigmas de desarrollo, no obstante los escasos márgenes de maniobra. Se desfundó la utopía marxista con el desmoronamiento de los regímenes totalitarios del socialismo real y vuelve a resquebrajarse la utopía de la autorregulación del mercado. Son callejones sin salida de la modernidad ideológica. Hay que apuntar a nuevos paradigmas, arraigados en la cultura de nuestros pueblos, con nuevas sinergias Estado-mercado-sociedad-comunidad organizada, insistiendo sobre el capital humano, planteando la necesidad y exigencia de un persistente crecimiento económico que sea acompañado por modalidades incisivas, eficaces y cada vez más amplias de inclusión social, de combate contra la pobreza y de superación de estridentes y escandalosas desigualdades.
- Sin integración económica y política, nuestros países latinoamericanos no cuentan ni van a ninguna parte; quedan condenados a los márgenes tumultuosos y empobrecidos de la historia, a ciclos periódicos de depresión y violencia. Y los procesos de integración están dando pasos de gigante, no obstante los previsibles "impases" y graves dificultades. El eje fundamental del MERCOSUR se enlaza con la COMUNIDAD ANDINA y se avizora ya el horizonte de la Comunidad o Unión Sudamericana (o mejor dicho aún, los Estados Unidos de Sudamérica). Se estrechan también vínculos con México, el SISTEMA DE INTEGRACION CENTROAMERICANO y la COMUNIDAD DEL CARIBE, en el horizonte de la "Patria Grande" latinoamericana". Ya no es más mera utopía bolivariana, sino la única posibilidad real de imprimir un desarrollo autosostenido y equitativo, y de contar con un peso político efectivo en el nuevo orden internacional en ciernes y en las complejas negociaciones a 360 grados. ¿Acaso S.S. Pío XII no apostó decididamente por la unión europea en una fase crucial? La Iglesia, que es sacramento de comunión, tiene una tarea fundamental como re-generadora de pueblos unidos desde la misma fe y tradición católica, comunes vicisitudes históricas, semejante sustrato cultural y lingüístico en la diversidad, y un destino común. El CELAM es un signo, cauce y servicio de esa unidad.
- No puede desentenderse la Iglesia de una tarea de educación y de evangelización de la cultura, que es ante todo custodia y fructificación de la tradición católica en el "alma" y la vida de los pueblos latinoamericanos, su identidad más profunda. Ello es tanto más necesario en cuanto se combinan, por una parte, las insidias y agresiones de una cultura "global", de tendencias relativistas, nihilistas y libertinas, vehiculada por potentes y capilares medios de comunicación y consenso, que presiona y seduce también a poderes políticos y se está difundiendo en legislaciones estatales, y, por otra, la "sopa recalentada e indigesta" de vulgarizaciones ideológicas ya anacrónicas. Todas las agresiones a la tradición católica de nuestros pueblos deben ser consideradas también como anti-populares y anti-latinoamericanas, pues los

priva, no sólo del más grande don recibido y de su más precioso tesoro, sino también de los “recursos” más valiosos para un auténtico desarrollo humano. Nada de verdaderamente humano se construye con los subproductos decadentes de las sociedades del consumo y del espectáculo ni con resentimientos y verborragias de ideologismo confuso. No se trata sólo de denunciarlas sino de emprender una vasta tarea de persuasión y convicción, mostrando la razonabilidad de la fe, para bien de la vida de las personas y los pueblos.

Ahora toca al CELAM la grave responsabilidad de preparar, organizar y animar la realización de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano...

- en tiempos luminosos de servicio -de gobierno, enseñanza y santidad- del nuevo pontificado de Benedicto XVI,
- en profunda comunión con la Santa Sede,
- implicando la solicitud católica de todos los Episcopados de América Latina,
- poniendo a las Iglesias locales en movilización espiritual y misionera así como en una amplia tarea de reflexión, comunión y colaboración pastorales,
- abrazando la vida, los sufrimientos y esperanzas, y el destino de los pueblos de este “continente de esperanza”, sobre todo de los pobres y los jóvenes, en esta hora latinoamericana, hemisférica y mundial,
- con el amor misericordioso de Dios, por gracia del Espíritu Santo, para que la Presencia de Jesucristo, bajo la intercesión de la Virgen María, resplandezca como vocación al encuentro y conversión, como fuerza unitiva en la verdad y la caridad, como forja de sus discípulos y testigos, como “piedra angular” de construcción de formas de vida más dignas de todo el hombre y todos los hombres y como certeza y esperanza de salvación.

---

## NOTAS

<sup>1</sup> En la introducción del Plan Global del CELAM 2003-2007 se afirma que “en este período, el CELAM cumple 50 años de servicio a la Iglesia en América Latina y el Caribe, y a la Iglesia universal como organismo de comunión, de reflexión y signo e instrumento de afecto colegial y animación pastoral”. Por ello, “acogiendo la invitación de S.S. Juan Pablo II queremos ‘remar mar adentro’ y hemos decidido orientar nuestro plan global 2003-2007 a partir de tres actitudes: ‘Recordar con gratitud el pasado, vivir con pasión el presente y abrirnos con confianza al futuro...’ (NMI, 1)”. No faltan, por cierto, serios estudios respecto a los orígenes y a la historia del CELAM, como los de J. Botero Restrepo, *El CELAM. Apuntes para una crónica de sus 25 años 1955-1980*, Medellín 1982; A.a.V.v., *CELAM. Elementos para su historia*, Bogotá 1982; A. Methol Ferré, *De Río a Puebla. Etapas históricas de la Iglesia en América Latina (1945-1980)*, Colección Puebla, Bogotá 1980; A. W. Bunge y L. F. Escalante, *El Consejo Episcopal Latinoamericano (C.E.L.A.M.) y sus Estatutos*, Madrid 2001; G. Doig Klinge, *De Río a Santo Domingo*, México 1993. La “naturaleza y funciones del CELAM” han sido establecidas en sus Estatutos de 1998. En ellos se afirma (art. 1) que el CELAM “es un organismo de comunión, reflexión, colaboración y servicio, creado por la Santa Sede, a petición del Episcopado Latinoamericano, como signo e instrumento del afecto colegial, en perfecta comunión con la Iglesia Universal y con su Cabeza visible, el Romano Pontífice”, y se precisa aún que “como organismo de servicio, el CELAM ha de ser ante todo animación y ayuda a la reflexión y acción pastoral de la Iglesia en América Latina y

el Caribe”. El art. 4 establece que son funciones del CELAM: “1. Promover el ejercicio de la colegialidad episcopal, la comunión y la colaboración de las Conferencias Episcopales de América Latina y el Caribe. 2. Estudiar los problemas de interés común para la Iglesia en América Latina y el Caribe con miras a ofrecer criterios y líneas generales para la acción pastoral. 3. Intensificar mediante servicios adecuados la presencia dinámica de la Iglesia en el proceso histórico de América Latina y el Caribe. 4. Promover y estimular iniciativas y obras de interés común. 5. Prestar a las Conferencias Episcopales que lo soliciten asesoramiento y otros servicios (...). 6. Impulsar el fortalecimiento de la comunión jerárquica y procurar el ordenado desarrollo de los organismos y movimientos de la Iglesia a nivel latinoamericano y del Caribe para lograr su mayor eficacia. 7. Preparar las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe cuando la Santa Sede las convoque por iniciativa propia o propuesta del CELAM. 8. Estudiar los asuntos que la Santa Sede le confie”.

<sup>2</sup> Después de tres años de su aprobación, siguiendo lo que había sido voluntad de S.S. Pío XII, el CELAM se reúne en Roma para celebrar los cien años de fundación del Colegio Pío Latinoamericano, y es recibido por S.S. Juan XXIII a tres días de su elección. Se trató de una conmemoración especialmente significativa, pues fue en ese Colegio que chilenos, argentinos, colombianos, etc. se encontraron en la convivencia y establecieron lazos de amistad, creando condiciones de superación de un largo período de incomunicación de las Iglesias locales en América Latina. En el Pío Latinoamericano se formaron generaciones, de entre las cuales provienen muchos Obispos latinoamericanos. Fue, pues, antecedente y propulsión importantes para lo que será el CELAM.

<sup>3</sup> “Todo concuerda en señalar - escribe A. Methol Ferré en *De Río de Janeiro al Vaticano II* (en A.a.V.v., ob.cit.) – que la idea del CELAM fue de Mons. Antonio Samoré. Fue resultado de su experiencia como Nuncio en Colombia. En 1952 se preocupa por reunir un Congreso en Bogotá, impresionado por la descoordinación con que marchaban las numerosas organizaciones y obras católicas en Colombia. Vuelve a la Santa Sede como Sustituto de la Secretaría de Estado junto con Mons. Michele Buro que luego desempeñará un notable papel en la CAL, y desde allí apoya al nuevo Nuncio, Mons. Pablo Bértoli, en una ‘Semana pro-defensa de la Fe’, celebrada en enero de 1955 (...). Así nace el Secretariado Latinoamericano pro Defensa de la Fe; la primera anticipación, limitada, de lo que pronto será el CELAM. Mons. Samoré propaga en la Santa Sede la idea de la constitución de un organismo latinoamericano de proyecciones pastorales. Por eso la Santa Sede lo envía a la Conferencia Episcopal de Río de Janeiro, junto con el Cardenal Adeodato Piazza. Cuando el CELAM se cree y se ubique en Bogotá, su primer punto de apoyo será el Secretariado Latinoamericano pro Defensa de la Fe, ya existente, que se transformará en uno de sus Sub-Secretariados”.

<sup>4</sup> S.S. Pío XII, *Mensaje de Navidad*, Acta Apostolicam Sedis (AAS), XXVIII, Vaticano 1946.

<sup>5</sup> S.S. Pío XII, *Letras Apostólicas “Ad Ecclesiam Christi”*, AAS XXXVII, Vaticano 1955.

<sup>6</sup> Ibid.

<sup>7</sup> *Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Conclusiones*. Ediciones pro manuscrito, Vaticano 1956. Véase también, CELAM, *Conferencias generales del Episcopado Latinoamericano. Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo*, Bogotá 1994; Cfr. E. Cárdenas, *La Iglesia latinoamericana en la hora de la creación del CELAM*, en A.a.V.v., ob. cit. Para A. W. Bunge y L. F. Escalante, ob. cit., señalan que “el 10 de junio de 1958 debe reconocerse como el nacimiento jurídico del CELAM en vista de que es erigido como persona jurídica (...) mediante decreto pontificio emanado de la antigua Congregación Consistorial (la actual Congregación para los Obispos) (...)”. Los primeros Estatutos del CELAM datan de 1957 y fueron modificados en 1969, 1974 y 1998, siempre a propuesta de la Asamblea del CELAM y con aprobación de la Santa Sede.

- <sup>8</sup> Sobre la novedad institucional y canónica del CELAM en la Iglesia católica, véase G. Feliciano, *Le Conferenze Episcopali*, Boloña 1974. Institución relativa reciente en la historia de la Iglesia, la Conferencia Episcopal nació por iniciativa del episcopado alemán en Fulda, en 1863, y al poco tiempo comenzó a reunirse periódicamente. Después en Estados Unidos, Francia, etc. siguieron su ejemplo. El Concilio Plenario Latinoamericano de Roma, a instancias de la Santa Sede, había señalado a los episcopados latinoamericanos la obligación de reunirse periódicamente en Conferencias episcopales nacionales. Esto se puso en práctica inmediatamente en muchos países, pero como institución esporádica, sin estructuras de continuidad. Fue la CNBB, en Brasil, la primera que se dio tales estructuras, con un Secretariado permanente. Entre 1955 y 1960 la Santa Sede aprueba los estatutos de numerosas Conferencias episcopales de países latinoamericanos, alentadas por el CELAM.
- <sup>9</sup> A. Methol Ferré, *De Río de Janeiro al Vaticano II*, en A.a.V.v., ob. cit.
- <sup>10</sup> A. Methol Ferré plantea una lectura de conjunto del Concilio Vaticano II como asunción y discernimiento, transfiguración y trascendencia, de las dos grandes instancias críticas de la modernidad, la Reforma protestante y la Ilustración, no para “acomodarse” a ellas sino desde el resurgimiento de la misma tradición católica. Véase A. Methol Ferré, *Karol Wojtyła en la comprensión de nuestro tiempo*, A.a.V.v. *Karol Wojtyła, filósofo, teólogo, poeta*. Vaticano 1984.
- <sup>11</sup> En esa tarea jugaron un papel importante algunos Institutos del CELAM: el Instituto Catequético latinoamericano (ICLA) que funcionó en Santiago de Chile desde 1960, el Instituto de Liturgia Pastoral (ILP) que funcionó en Medellín (Colombia) desde 1965, otro Instituto Catequético Latinoamericano (ICLA) que funcionó en Manizales (Colombia) desde 1966 y el Instituto Pastoral Latinoamericano (IPLA) que tuvo su sede en Quito (Ecuador) desde 1968. Estos institutos terminaron su labor por decisión de la Asamblea ordinaria del CELAM en Sucre (1972), con el fin de evitar cierta dispersión de impulsos e iniciativas, de reafirmar la conducción episcopal del CELAM y de preparar el nacimiento del único Instituto Teológico Pastoral del CELAM, en Medellín, el 4 de marzo de 1974.
- <sup>12</sup> J. Comblin fue uno de los primeros en denunciar, en IPLA, *Fe y secularización en América Latina* (Quito, 1967), que “con la eclesiología conciliar se mezcló una eclesiología de la secularización muy diferente a ella”. Cfr. G. Carriquiry, *El Concilio en América Latina*, Nexo, Montevideo, 1983.
- <sup>13</sup> Cfr. CELAM. Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio* (tomo I, Ponencias; tomo II, Conclusiones), Bogotá 1969.
- <sup>14</sup> Cfr. S.S. Juan Pablo II, Homilía en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe (27.I.79) en CELAM, *Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, Bogotá 1979.
- <sup>15</sup> S.S. Juan XXIII, radio-mensaje precisando los objetivos del Concilio Vaticano II, 11.IX.62, AAS, 54, Vaticano 1962.
- <sup>16</sup> S.S. Pablo VI, catequesis del 7.XII.68, AAS LX, Vaticano 1968.
- <sup>17</sup> A. Methol Ferré, *Marco histórico de la religiosidad popular*, en A.a.V.v., CELAM, *Iglesia y religiosidad popular en América Latina*, Bogotá, 1977.
- <sup>18</sup> A. Methol Ferré, (16) CELAM, *Liberación: diálogos en el CELAM*, Bogotá 1974.
- <sup>19</sup> Cfr. CELAM, *Aspectos de la evangelización en América Latina*, en CELAM, Equipo de Reflexión Teológico Pastoral, *Familia, sacerdocio, evangelización, juventud*, Bogotá 1974. Cfr. CELAM, *Evangelización, desafío de la Iglesia*, Bogotá 1976.

- <sup>20</sup> A. Quarracino, *Historia y fases principales de la nueva conciencia eclesiológica en América Latina: Vaticano II – Medellín – Puebla*, en A.a. V.v., *Puebla...*, ob. cit.  
Cfr. G. Caprile, *Il Sinodo dei Vescovi 1974*, Roma 1975.
- <sup>21</sup> A. López Trujillo, *América Latina. Liberación y reconciliación. Breve recorrido histórico*, Lima, 1990.
- <sup>22</sup> A. Methol Ferré, *Puebla: proceso y tensiones*, Buenos Aires 1979.
- <sup>23</sup> H. Alessandri, *El futuro de Puebla y sus repercusiones en la Iglesia y en la sociedad latinoamericana*, en A.a.V.v., *Puebla. El hecho histórico y la significación teológica*. Salamanca 1981.
- <sup>24</sup> G. Carriquiry, *La Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi en la Iglesia en América Latina. Significación y repercusiones*, en A.a.V.v., *L'esortazione apostolica di Paolo VI 'Evangelii Nuntiandi'. Storia, contenuti, ricezione*, Brescia 1998.
- <sup>25</sup> Cfr. CELAM, *Medellín, Reflexiones en el CELAM*, Madrid 1977.
- <sup>26</sup> CELAM, *Iglesia y Religiosidad popular en América Latina*, Bogotá 1977.
- <sup>27</sup> S.S. Juan Pablo II, Discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 28.I.79, AAS LXXI, Vaticano 1979.
- <sup>28</sup> Ibid.
- <sup>29</sup> Cfr. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *PUEBLA, La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, Madrid, 1979.
- <sup>30</sup> Ibid., n. 446.
- <sup>31</sup> En el volumen publicado por el CELAM bajo el título de *Resonancias de Puebla* (Bogotá 1990), se recogieron “documentos significativos de los Obispos latinoamericanos desde 1979”.
- <sup>32</sup> A. López Card. Trujillo, *Opciones e interpretaciones a la luz de Puebla*, Bogotá 1979. CELAM, Equipo de Reflexión Teológico Pastoral del CELAM, *Reflexiones sobre Puebla*, Bogotá, 1980. La “Colección Puebla”, publicada por el CELAM en 1979 y 1980 comprendió muy numerosos folletos que reasumieron, comentaron y desarrollaron los más diversos capítulos y aproximaciones temáticas del documento final de la III Conferencia. Una obra que resume muchas reflexiones de esa época es la de A. Card. López Trujillo, *Caminos de evangelización*, Madrid 1985.
- <sup>33</sup> Obras de envergadura fueron las publicaciones del CELAM sobre *Religión y Cultura*, Bogotá 1981; *Iglesia y Cultura latinoamericana*, Bogotá 1983; *Fe cristiana y compromiso social*, Lima 1981; *Desafíos a la Doctrina Social de la Iglesia en América Latina*, Bogotá 1985.
- <sup>34</sup> El Cardenal J. Ratzinger en *La fede e la teologia ai nostri giorni*, publicado en “La Civiltà Cattolica, Roma 1996, observa que “los acontecimientos políticos del 1989 cambiaron también la escena teológica”.
- <sup>35</sup> S.S. Juan Pablo II, Encíclica *Centesimus Annus*, Vaticano 1991, n. 35.
- <sup>36</sup> Cfr. F.J. Card. Errázuriz, *Juan Pablo II y Latinoamérica a partir de Puebla, hace 25 años*, en ITEPAL, “Medellín”, Bogotá, junio 2004.

- <sup>37</sup> S.S. Juan Pablo II, discurso pontificio a la XIX Asamblea ordinaria del CELAM, 9.III.83, AAS. LXXV, Vaticano 1983.
- <sup>38</sup> S.S. Juan Pablo II, discurso pontificio en Santo Domingo, 12.X.84, AAS LXXVI, Vaticano 1984.
- <sup>39</sup> Al poco tiempo de existir el CELAM, el 21 de abril de 1958, S.S. Pío XII creó la Pontificia Comisión para América Latina en la órbita de la Curia Romana como organismo específico de asesoramiento en temas latinoamericanos y como interlocutor directo del CELAM para ayudarlo “de forma eficaz con los medios pastorales más oportunos”. S.S. Juan Pablo II, por medio de la Carta apostólica *Decessores Nostri* (véase en Pontificia Comisión para América Latina, *Documentos del Santo Padre Juan Pablo II -1988-1993-*, Vaticano 1994), unificó en una sola repartición la Pontificia Comisión y el Consejo General de la Pontificia Comisión para América Latina (instituido por S.S. Pablo VI el 30 de noviembre de 1963, la vinculó más estrechamente a la Congregación para los Obispos, le dio nueva forma y precisó la definición de sus competencias.
- <sup>40</sup> IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Santo Domingo. Conclusiones*, Bogotá 1993. Entre los estudios referidos a la IV Conferencia, véase J. Allende, *Santo Domingo. Una moción del Espíritu para América Latina*, Santiago de Chile 1993; A.a.V.v., *Santo Domingo. Análisis y Comentarios*, Lima 1994; A.a.V.v., *Santo Domingo, diez años después*, Boletín CELAM, Bogotá, diciembre 2002.
- <sup>41</sup> S.S. Juan Pablo II, Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en IV Conferencia General..., ob. cit.
- <sup>42</sup> S.S. Juan Pablo II, Carta Apostólica *Tertio Millennio Ineunte*, Vaticano, 1994, n. 21.
- <sup>43</sup> S.S. Juan Pablo II, Discurso inaugural de la IV Conferencia General..., ob. cit.
- <sup>44</sup> S.S. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, Vaticano 1999, n. 5.
- <sup>45</sup> CELAM, *Globalización y nueva evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del CELAM 1999-2003*, Bogotá 2003.
- <sup>46</sup> Cfr. A. Quarracino, *Los Papas y el CELAM*, en CELAM, *Elementos para su historia*, ob. cit.
- <sup>47</sup> S.S. Pío XII, *Ad Ecclesiam Christi*, cit.
- <sup>48</sup> S.S. Juan XXIII, AAS 50, Vaticano 1958.
- <sup>49</sup> S.S. Pablo II, Discurso en el acto de bendición de la sede del CELAM en Bogotá, 24.VIII.68, AAS., Vaticano 1968.
- <sup>50</sup> S.S. Pablo VI, Mensaje a la XIV Asamblea del CELAM en Sucre, 3.XI.72, AAS. LXIV, Vaticano 1972.
- <sup>51</sup> S.S. Juan Pablo II, Discurso de inauguración de la III Conferencia..., cit.
- <sup>52</sup> S.S. Juan Pablo II, Discurso en la conmemoración del 25º aniversario del CELAM en la Catedral de Río de Janeiro, 2.VII.1980, AAS LXXII, Vaticano 1980.
- <sup>53</sup> S.S. Juan Pablo II, Exhortación apostólica *Novo Millennio Ineunte*, Vaticano 2001, n. 23.
- <sup>54</sup> *Ibid*, nn. 43 y ss.

<sup>55</sup> Cfr. G. Carriquiry, *Una aposta pela América Latina*, San Pablo 2004; C. Card. Hummes, *El marco social y eclesial hoy de América Latina: 25 años después de Puebla*, ITEPAL, “Medellín”, Bogotá, junio 2004.

Esta conferencia se encuentra en la siguiente dirección electrónica:

[http://www.celam.org/documentos\\_celam/166.doc](http://www.celam.org/documentos_celam/166.doc)

[www.inculturacion.net](http://www.inculturacion.net)